



Belle

Amaya Evans

D.J.57

BELLE

AMAYA EVANS

2019

Título Original: BELLE

Copyright © 2019 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

SINOPSIS

Después de que la vida a la que estaba acostumbrada se le escapa de las manos, Belle Dwan asume un puesto imposible: ser una criada en casa del barón Clarence. Ella no tiene a donde ir y con una situación desesperada no le queda más remedio que aceptar trabajar con aquel hombre malhumorado y su esposa, una coqueta insufrible. Pero en un giro del destino, Belle se da cuenta de que el barón no es el hombre terrible del que todos hablan y sabe que la única forma de ayudarlo, es llegar a su corazón sin poner en riesgo el suyo.

Gabriel Devonte, barón de Clarence, es un hombre atormentado por un matrimonio que es solo una farsa y una mujer hueca, que solo quiere vivir de fiesta en fiesta y volverlo un cornudo. Cada día que pasa su temperamento es más hosco y amargo hasta que conoce a la nueva criada de la casa; un pequeño ratón que se encuentra donde quiera que va. Siempre está en los lugares equivocados y enciende su temperamento de una forma inexplicable, aunque también por más loco que parezca, enciende su deseo.

Capítulo 1

Londres, 1860

Belle, caminaba por la acera de la gran mansión en Mayfair. La quinta de esa semana. Había estado buscando empleo en tantas casas de allí, que ya conocía el barrio a la perfección. Era lo mismo de siempre, la veían más que apta para el trabajo de institutriz pero al no tener referencias, le decían que no podían aceptarla por eso. Por más que suplicaba y les decía que podía demostrarle que era una persona honesta y confiable, siempre la miraban como si ya hubieran perdido el interés. Su situación ya era desesperada, no había encontrado nada en semanas de estar buscando y tenía que darles dinero a sus tíos que cuidaban a su hermanita, y debía pasar por la cárcel de deudores para llevarle algo a su padre al menos para que comiera esa noche. La cárcel de deudores no era como las otras cárceles, allí al menos podían tener algo de dignidad y no los tenían en un horrible calabozo con una cama y nada más, alimentándose con comida horrible o en mal estado. Al menos allí, dependiendo del status y de cuanto pagaran los familiares a los encargados, ellos podían tener una celda grande, no tenían rejas, solo una pequeña ventana en la puerta por donde el guardia vigilaba. Algunas tenían chimenea y en una esquina un sitio donde cocinar los alimentos, nada fastuoso, solo un pequeño sitio donde poner carbón o leña y preparar algunas cosas. También tenían una cama decente, y una pequeña mesa con su silla. Ella había podido lograr que su padre tuviera eso, pero le había costado Dios y ayuda. No era un hotel y obviamente les faltaba lo principal; su libertad, pero ella agradecía que no fuera peor. Por un momento su pensamiento voló en dirección a aquella época en la que no tenía que mendigar trabajo y todo en su vida estaba bien. Recordó cuando su padre era llamado a todos lados e invitado por reyes y altos funcionarios, que querían escuchar sus teorías. Él había sido un importante doctor en ciencias y el tipo de vida que llevaba consistía en charlas con sus colegas, viajes de investigación, a los que llevaba a sus hijas, y eventos importantes a los que era invitado y en los que aprovechaba para codearse con la sociedad y hacer que sus hijas también lo hicieran. Su casa base, por así decirlo, era Ripley, en Yorkshire. Allí habían vivido tranquilamente en la hermosa casa que su padre compró a su madre cuando se

casaron y en la que ella había pensado que pasaría mucho tiempo, pero desafortunadamente todo cambió. En poco tiempo tuvo que hacerse cargo de su familia y jamás se imaginó buscado un trabajo después de haber tenido muchos sirvientes atendiéndola.

Caminó por un buen rato hasta que sus pies dolían como si tuviera agujas pinchándolos. Sus zapatos no eran los más cómodos y fue a sentarse en una pequeña banca que vio cerca de un local al que iba todos los días para ver los nuevos anuncios de trabajos. Cuando se sentó, el dueño del sitio que la vio a través de la ventana, la saludó sonriendo de oreja a oreja. Era un hombre amable y desde que ella estaba visitando el lugar, siempre se portaba atento con ella y hasta le ayudaba aconsejándole los empleos que le parecían mejores. Lo vio llamarla insistentemente pidiéndole que entrara. Ella casi rueda los ojos ante la idea de tener que levantarse de la banca, sus pies palpitaban y ella solo quería llorar. Pero lo vio tan contento que pensó que tal vez podía ser algo bueno y ella si que necesitaba algo bueno en ese momento. Caminó lentamente hasta llegar allí y lo vio sonreír. —Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor Holland.

—¿Como le fue hoy en su búsqueda?

—No muy bien, la verdad.

—Lamento mucho escucharlo —le dijo con voz apenada— se lo mucho que ha estado esforzándose por encontrar un trabajo.

—Ni me lo diga. Parece que no tengo la mejor suerte en estos días.

—Oh...mi niña, no se ponga así. Tal vez hoy es su día de suerte. —Le señaló el tablero grande de madera, donde solía poner los anuncios de las casa que buscaban trabajador para algo en especial— mire todos esos anuncios. Son de hoy, así que tiene de donde escoger. Sin embargo conozco una persona que trabaja en la casa del barón Clarence. Tal vez pueda ayudarla, y casualmente están necesitando a alguien para que trabaje allí.

—¿Necesitan una institutriz? —preguntó emocionada.

—Bueno...tanto como institutriz, no. Pero requieren con urgencia una criada.

Ella estuvo tentada a decirle que no era lo que buscaba, pero sabía que tenía dos chelines en su bolsillo. Era conseguir ese trabajo de criada o morir de hambre. Le dio las gracias al hombre y se fue con sus pies adoloridos rogando a Dios que esta vez le dijeran que si la aceptaban.

Al llegar a la casa, quedó impresionada. La casa era un sitio enorme y estaba rodeada de una enorme cerca hecha en ladrillos. No se parecía a las demás casas del barrio que aunque eran todas ostentosas, no eran tan grandes como esa. Tenía tres plantas pero se veía mucho más grande; los marcos amplios en color blanco le daban un aspecto elegante y arriba podía ver ventanas más pequeñas, que seguramente serían las de los sirvientes. Las chimeneas estaban prendidas en ese momento, pues notó humo saliendo de ellas y también le pareció ver que por una de las ventanas pequeñas un rostro la observaba. Belle trató de sonreír pero en ese momento la persona se alejó de la ventana.

Tocó la puerta y le abrieron enseguida. —Buenas tardes —saludó el mayordomo.

—Buenas tardes —el hombre la miraba de pies a cabeza, seguramente sacando conclusiones de que no era precisamente una persona de la aristocracia o alguien importante.

—He venido por el trabajo de criada.

—Esta no es la entrada para los sirvientes. Vaya a la parte de atrás y allí la atenderán.

—Muchas gracias —ella quiso mandarlo al diablo pero se mordió la lengua. Después de todo si venía para el puesto de criada, no iban a atenderla en la puerta por donde pasaban los invitados o los familiares del barón y su esposa. Se dirigió a la parte trasera de la casa y allí encontró una modesta entrada con una puerta de madera de diseño antiguo y sobrio. Cuando estaba a punto de golpearla una muchacha abrió, sorprendiéndola.

—Oh, me ha asustado —le dijo la chica.

—Lo siento mucho. Estoy buscando al ama de llaves.

—¿La señora Bishop?

—Sí, ella debe ser. No decía en el anuncio por quien preguntar, solo que me dirigiera al ama de llaves.

—¿Para qué puesto decía en el anuncio? —sonrió avergonzada — Bueno... si me permite preguntar.

—Me he enterado de que buscan una criada.

—Oh si, si. Es urgente —abrió la puerta un poco más —pase adelante. Le avisaré que usted ha venido por lo del puesto.

—Muchas gracias —pasó adelante y enseguida sintió el confortable calor que hacía a allí dentro, a comparación con aquel frío que acababa de pasar.

—Tome asiento. ¿Le gustaría una taza de té mientras espera? Ella está arriba y no sé si se demore.

—Muchas gracias, aceptaré esa taza de té —le sonrió a la muchacha, que enseguida fue a servírsela.

Los minutos pasaron y solo hasta media hora después, el ama de llaves, la señora Bishop, llegó a hablar con ella y la hizo pasar a una pequeña salita cerca de la cocina. Mientras caminaban hacia aquel lugar, ella detalló a la mujer, que llevaba un traje negro amplio, y su único accesorio era una cofia que sostenía en su cabeza. Su peinado era un moño apretado y en su rostro no había el más mínimo asomo de alegría o al menos jovialidad.

—Pase, señorita...

—Peggy, Peggy Doyle —respondió ella nerviosa. No quería darle su nombre real a nadie. No deseaba darle el gusto a nadie de saber que le había tocado trabajar como criada.

—Muy bien señorita Doyle, me han informado que está usted interesada en el puesto de criada. Pero debo decirle que no es algo fácil. Ser criada en esta casa requiere de excelentes habilidades, y sobre todo de que sea alguien a quien le guste levantarse al alba, pues lo primero que debe hacer es avivar el fuego de las chimeneas, limpiar, saber planchar y ser muy paciente. La señora es bastante exigente y no le gusta el desorden, ni la suciedad, como tampoco los problemas.

—Sí señora, la entiendo. Yo...soy buena levantándome temprano y se limpiar y planchar, pues me hecho cargo de mi familia por algún tiempo.

—Pero en su familia deben ser pocas personas, aquí estamos hablando de una mansión que debe permanecer impecable. Obviamente no será usted la única que haga este trabajo. Contamos con la ayuda de tres jóvenes mas que también son criadas, pero cada una tiene definido sus deberes y los cumplen a cabalidad —le dijo con una mirada de advertencia.

—No se preocupe, señora Bishop. No tendrá queja de mí, si me da el trabajo.

—Todavía no podemos decir eso. Aquí se necesitan las respectivas recomendaciones sino de todos sus trabajos, al menos la del último.

—Yo...bueno...es que yo no tengo recomendaciones.

—Pero muchacha ¿Qué haces buscando trabajo sin una recomendación? En ningún lugar la van a emplear.

—Por favor, señora Bishop. Solo le pido una oportunidad. Sí mi trabajo no le gusta, si le doy algún motivo de queja, me despide y me iré sin decir una palabra.

La mujer la miró con lastima —lo siento mucho, Peggy. Se ve que eres una buena muchacha, pero mi obligación es pedir recomendaciones a todo sirviente que llega a trabajar. Imagínate donde no lo hiciera, en una casa como esta. Podría entrar cualquiera, podrían robar o algo peor.

Belle suspiró cansada y con la cabeza gacha asintió —lo entiendo —Sin embargo en ese mismo instante escucharon un estruendo de platos y vidrios rotos.

Belle solo escuchó después de eso, el lamento del ama de llaves.

—Oh por Dios, no de nuevo.

Un lacayo llegó en ese momento —Bethany ha roto los platos, señora Bishop.

—A este ritmo, nos quedaremos sin vajillas donde servir —miró a Belle con ojos entrecerrados — ¿Estás segura de que podrías hacer el trabajo como se debe?

—Sí señora —sacudió la cabeza en un gesto afirmativo —solo deme la oportunidad y se lo demostraré.

—Muy bien, lo haré por el bien de la casa y por mi paz mental. No sé si pueda resistir a esa chica torpe quebrando algo más de la casa. Sí la señora se entera, a la que van a despedir será a mi por contratarla. ¡Gideon! el muchacho que todavía estaba en la puerta esperando órdenes del ama de llaves, se enderezó —dígame señora Bishop.

—Ve a decirle a Bethany, que la espero aquí cuando regrese de llevar a Belle a su dormitorio.

—Como diga, señora Bishop —el muchacho se fue dándole un guiño a Belle.

—¿No tienes equipaje? —preguntó el ama de llaves.

—Oh sí, lo tengo en la posada del señor Holland.

—Sé donde es. Te llevaré a tu habitación y luego podrás ir por tus cosas. Le diré a uno de los lacayos que te acompañe, casualmente uno de ellos va para Bow Street en la carreta donde se recogen los víveres. Él podrá hacerte

el favor.

Luego de eso, Belle siguió a la mujer que subió unas escaleras y luego otras más hasta que llegaron a un tramo donde había varias puertas. Entraron por una de esas, y llegaron a otras escaleras que iban hacia el altillo de la casa, donde al parecer estaba su habitación.

—Son muchas escaleras ¿verdad?

La señora Bishop la miró extrañada — ¿no estás acostumbrada a esto? Si no lo estás, tendrás que acostumbrarte rápidamente. Aquí debes ser invisible y solo podrás recorrer la casa por su parte trasera, es decir por esta parte. Lord y lady Clarence, jamás deben verte. Beryl, la doncella de milady, y yo, somos las únicas a las que se nos permite ser un poco mas visibles.

—Sí, señora Bishop.

Cuando ella abrió la puerta, Belle pudo ver que era un sitio muy pequeño. No era que su habitación fuera enorme, pero era mucho más grande que esa. La cama de hierro a un lado, totalmente desnuda, con un colchón polvoriento, la hizo sentir algo deprimida. Las paredes blancas como las de un hospital y una ventana como la de un preso, fue todavía más deprimente.

—Espero que te sientas a gusto aquí. No es el dormitorio más acogedor que tenemos, pero es el único privado. Los demás son compartidos, así que tuviste suerte. En aquella cómoda encontrarás ropa de cama limpia y toallas. Y como ves allí está la jofaina —le señaló la pequeña mesa de madera donde había una pequeña jarra de cerámica.

—Bueno, ahora me voy. Recuerda que en 10 minutos se va la carreta. Sí no quieres caminar de nuevo hasta el Bow Street, es mejor que bajes pronto. Luego de eso, cerró la puerta y la dejó sola.

Belle se quedó allí un momento tratando de asimilar todo lo que había sucedido, sin poder creer su buena suerte. Ya no tenía dinero suficiente para otra noche más en la posada, mucho menos para comprar algo de comida. Apenas había probado un panecillo esa mañana y ahora tenía un hambre terrible. Pero ese era el menor de sus problemas. Ella no tenía idea de cómo ser criada en una casa, toda la vida la habían atendido. Aunque en los últimos meses cuando su padre ya no estaba y todavía tenían la casa, ella fue la que hizo todo; el aseo, la comida y los demás quehaceres porque tocó despedir a los sirvientes. Supuso que no sería tan diferente de lo que había hecho antes.

Capítulo 2

A la mañana siguiente Belle estaba lista a las cinco en punto de la mañana. No quería empezar mal su trabajo y necesitaba dar todo de sí para poder permanecer allí. Le habían dado el día anterior un uniforme, con su respectivo delantal y cofia para que siempre llevara el cabello recogido. Cuando Susi, una de las criadas que al parecer tenía más tiempo allí, pasó por ella, Belle enseguida la siguió escuchando con atención cada cosa que decía o viendo cada cosa que hacía para imitarla.

—Toma el cubo, Peggy —le dijo Susi mientras iba caminando y dándole indicaciones.

Belle lo hizo aunque pesaba horrores y escuchó atentamente.

—Allí está todo lo que vas a necesitar para este día. Trapos, cepillos gruesos para el piso y los más delegados para el polvo. También las pinzas y estopas con las que tienes que limpiar la chimenea y agregar el carbón. Cuando termines con ese cubo, irás por la ropa de cama, pero primero debes decirme, para pedirle a la señora Bishop que nos abra el cuarto de aseo, donde esta la ropa limpia de cama y los demás utensilios de aseo. Si ves que hay necesidad de cambiar el jabón de milady o milord, también allí encontrarás esas cosas.

—¿Tengo que asear el cuarto de baño?

Por supuesto, por eso debes turnarte con otras de las criadas. Unos días serás tú y otros les tocará a ellas o a mí, pero antes de que lo hagas por primera vez, yo te diré como. Milady es muy exigente con esas cosas y tiene su forma en la que le gusta ver su cuarto y su baño.

Belle se sentía angustiada. Allí esperaban que ella supiera hacer todas esas cosas y solo podía dar la impresión de que así era, o estaría en la calle ese mismo día. Fue con Susi a todos lados, y cuando ella le decía que hiciera algo, Belle salía del aprieto diciéndole que era mejor que le enseñara como lo hacía allí porque si lady Clarence era tan estricta en todo, lo mejor sería que

ella supiera hacerlo todo a su gusto. Un rato después bajaron al comedor de la servidumbre, donde ella por fin pudo comer algo, y sin importarle si los demás pensaban que era una muerta de hambre o mal educada, se sirvió hasta quedar llena. Afortunadamente no podía decirse que los barones fueran tacaños, pues la mesa estaba llena de comida, todo era de manera abundante; los panecillos, el té, la leche, el tocino, y todo lo demás. Belle comió con gusto y en silencio como la mayoría de ellos y luego de eso todos se presentaron uno a uno con ella. Conoció al mayordomo que la había atendido a su llegada, el señor Whitlock y al primer lacayo Edward. También conoció a Noelle, la asistente de cocina y a otra de las criadas cuyo nombre no recordaba bien, pero que la miraba como si fuera un gusano. Después de un rato todos regresaron a sus deberes y ella hizo lo mismo, sintiéndose un poco mejor al tener el estómago lleno.

Cuando iban caminando hacia una de las estancias comunes, ella le preguntó a Susi por la muchacha que la había mirado mal.

—Su nombre es Mary, y es agria como el limón. Te aconsejo que no te metas con ella porque tiene una lengua larga y ya varias de las criadas hemos tenido problemas con ella. No sé porque la señora Bishop no la despide, pero al parecer es porque a pesar de no ser muy buena persona, si es muy buena trabajadora. Parece un mulo de carga, es muy fuerte y sube baldes de agua como un hombre más. Ella se encarga de las cosas como el agua del baño de milady, los orinales de las recamaras y la limpieza de algunas de las habitaciones. Oh si...y cuando se trata de limpiar las ventanas, no hay quien le gane.

—Ya veo...

—No la determines. Tú haz tu trabajo y deja que ella haga el de ella. Sí no te cruzas en su camino no tendrás problemas.

Belle decidió seguir su consejo porque lo que menos quería era tener enfrentamientos con sus compañeros de trabajo.

—Ahora vamos al recibidor necesitamos limpiar bien el piso y luego me acompañaras al dormitorio de milady para que veas bien como se hace todo. Ya mañana podrás hacer las cosas tu sola.

Belle la miró con un gesto confiado mientras por dentro temblaba pensando en el día siguiente.

Los días fueron pasando y a pesar de que el miedo inicial hizo que Belle cometiera algunas torpezas, al final pudo acostumbrarse al ritmo de sus quehaceres. Pero todavía podía recordar aquellos primeros días donde al terminar, solo quería subir a su habitación, darse un masaje y dormir. Sus brazos dolían, sus piernas y rodillas dolían por limpiar el piso, y le parecía que las horas de descanso no era suficientes para tanto trabajo. Sin embargo todo fue cambiando y ahora que llevaba el mes de estar allí trabajando, se había ganado el respeto de sus compañeros, que ahora incluso, la ayudaban algunas veces, cuando veían que había demasiado trabajo. El ama de llaves la había felicitado pero no había dicho nada de si se quedaba o no, después del tiempo de prueba. Ese día cumplía el mes y la señora Bishop la había mandado llamar. Belle sabía de lo que hablarían y eso la ponía terriblemente nerviosa. Al entrar a la sala del ama de llaves, la encontró leyendo algo y cuando alzo la vista, le sonrió y la invitó a sentarse.

—Veo que estás amañada aquí.

—Sí señora. Al principio ha sido algo duro, pero todos han sido muy amables y pacientes conmigo.

—Bueno...te puedo decir que cuando comenzaste tenía serias dudas sobre tu desempeño, pero has ido demostrando tus capacidades hasta convertirte en una buena trabajadora. No muchas se adaptan al duro trabajo de esta mansión, sin embargo iras dándote cuenta de que el patrón es muy generoso y se preocupa por todos.

Belle no se perdió el hecho de que solo dijera que el barón era así, más no la baronesa. —He hablado con milord, le he comentado sobre tu trabajo y él ha estado de acuerdo conmigo en que si lo deseas, puedes quedarte.

Belle sintió felicidad y alivio sobre todo, porque ahora podría tener un techo y comida asegurados. Era algo increíble que hasta hace poco tiempo no había tenido que preocuparse por eso, ni por nada referente al dinero y ahora, si no hubiera sido por esa mujer, no habría tenido con que comer y tal vez estaría mendigando —gracias, señora Bishop —le dijo feliz —podría abrazarla en este momento.

La mujer sonrió pero mantuvo su puesto —no creo que haya necesidad de

exagerar. Me alegro mucho de que te quedes aquí. Ahora, es mejor que vayas a tus quehaceres que yo iré a los míos.

Gracias de nuevo señora Bishop —se levantó de la silla sintiéndose liviana y salió casi corriendo de allí para contarle a Susi. Cuando llegó donde ella estaba Susi la miró molesta — ¿Dónde estabas Peggy? Tenemos demasiado trabajo que hacer, sabes que hoy milady tiene una reunión importante.

—Lo sé, lo sé, pero la señora Bishop me llamó y tuve que ir.

—¿Que quería? ¿Te regañó?

—No, para nada. Por el contrario —su sonrisa la delataba —me dijo que podía quedarme.

Susi dio un gritito de felicidad —que bueno, me alegro tanto por ti.

—Ni te imaginas lo aliviada que estoy. Sí no me hubieran dado ese puesto, habría tenido que dormir en la calle.

Afortunadamente nada de eso pasó, pero si no nos damos prisa con el trabajo por hacer, puede que ambas durmamos en la calle. — Hay que limpiar todavía algunas estancias y los cubiertos de plata deben estar impecables.

Belle estaba algo preocupada por esa fiesta. Había logrado escabullirse la mayoría de las veces para no tener que servir, pero otra de las criadas estaba indispuesta y ya le habían dicho que si seguía así, tendría que ir ella a servir las bandejas. Eso la aterraba, pues en una ocasión alcanzó a ver a un par de amigos de su padre, que habían sido invitados por la baronesa. Casi se le sale el corazón cuando los vio allí hablando con el resto de invitados. Tuvo que decir que estaba muy mal y que casi se desmaya sirviendo, para que la dejaran estar ayudando adentro. Pero ese día no sabía que iba a hacer y eso la asustaba terriblemente.

Todo el mundo estaba allí a las siete de la noche. Belle estaba uniformada para la ocasión y había estado sirviendo junto con dos lacayos, copas de vino y aperitivos de todo tipo. Hasta ahora no había visto a nadie conocido pero sabía que era solo cuestión de tiempo. Media hora después vio llegar a una pareja; eran los Hollister. Buenos amigos de su padre y asiduos visitantes en su casa hasta que estalló aquel escándalo donde su padre fue apresado, y entonces se cruzaron con ella más de una vez pero ni le contestaban el saludo. Quien sabe que dirían si la vieran allí, sirviendo, después de que ella había

sido su anfitriona tiempo atrás. Su corazón dolió al recordar todo aquello y no pudo evitar sentir pena por ella misma.

—¿Que sucede? —una voz la sacó de sus cavilaciones.

—Nada, lo siento, solo estaba...

—Estabas quieta como una figura de mármol de las que hay en el jardín. Sí te ve la señora Bishop así, mañana estarás empacando. —le dijo Susi que intentaba limpiar una mancha de vino en la alfombra.

—Es que creí ver a alguien...

—¿Conocido? —se echó a reír. Por Dios, mujer. Aquí no hay nadie de nuestro selecto círculo social —le dijo irónicamente. —deja de soñar y ponte a servir antes de que nos regañen a las dos.

—No creo que pueda seguir sirviendo —habló nerviosa.

—¿Otra vez? ¿Pero qué es lo que te pasa que cada vez que hay una fiesta te pones mal?

—Perdóname, de verdad no creo que pueda.

—Tendrás que hacerlo, si la señora...

—Ya lo sé, pero no puedo, créeme.

Susi la vio tan angustiada que se apiadó de ella —muy bien, ve a la cocina y escóndete en la despensa, nos vemos allí en dos minutos. Me darás tu uniforme y yo seguiré.

—Gracias, Susi. Te debo este favor.

—¿Este? —la miró indignada —yo llevo mejor la cuenta que tu. Son varios.

Belle se echó a reír —muy bien, entonces te debo varios. Intentaré pagártelos pronto porque esa cuenta va a salir cara —le dijo en tono de broma.

El día amaneció frío y con una espesa neblina que casi no dejaba ver nada afuera. Belle que ahora estaba desayunando después de los primeros deberes de la mañana, vio como corría uno de los lacayos y le avisaba algo a la señora Bishop. La mujer se levantó rápidamente y comenzó a dar órdenes a todos. Los sirvientes empezaron a dar vueltas de un lado a otro, limpiando,

ordenando, y las criadas subieron con cubos a limpiar los sitios que ese día todavía no habían aseado.

—Muévete, Peggy —le dijo una de las criadas. Después comes algo, ahora hay que dejar la casa más impecable de que costumbre.

—¡Pero si casi brilla! —le respondió ella.

—Milord ha llegado de su viaje y no solo hay que tener todo perfecto, sino que además hay que salir a saludarlo.

La señora Ingram estaba gritando, dando órdenes a dos de las ayudantes de cocina, diciendo como de espesa debía estar la crema, mientras se acercaba a la señora Bishop y le decía en tono quejumbrosos que ahora tendría que hacer otro tipo de comida además de la que ya había planeado y comenzado a preparar para ese día, pues al barón no le gustaba el pato.

De un momento a otro llegó el mayordomo —deben subir inmediatamente a darle la bienvenida a milord. Por favor, asegúrense de que sus uniformes están impecables. Todos empezaron a mirarse de arriba abajo y comenzaron a subir las escaleras. Al llegar a la puerta de entrada se colocaron en dos hileras una a cada lado de la entrada. Vio entonces a un carruaje negro elegante llevado por cuatro caballos, que se detenía frente a la casa. Un hombre alto, de contextura atlética, se bajó en ese momento, mientras un lacayo mantenía su puerta abierta. El hombre miró a todos los sirvientes y por último al mayordomo y a la señora Bishop que estaba adelante sonriendo.

—Buenas tardes, milord. Bienvenido a casa.

—Gracias Whitlock.

—Que bueno tenerlo de nuevo con nosotros, milord —el ama de llaves dijo emocionada.

—Muchas gracias, señora Bishop. Es bueno verlos a ustedes también.

—¿Que tal ha estado el viaje?

—Pesado, aburrido. Esos compartimientos de los trenes, a pesar de que son más cómodos que ir en carruaje, son estrechos —siguió caminando mientras cada uno de los sirvientes hacía una reverencia, que ella también imitó.

—¿Y mi esposa? —le preguntó al mayordomo.

—Ella está indispuesta, milord.

El hombre hizo mala cara —cuando no —masculló entre dientes.

Belle notó que miraba a todos de manera cordial, pero su gesto era siempre altivo, de superioridad y hasta aburrimiento se podría decir. Pasó

muy cerca de ella cuando estaba a punto de entrar a la casa y ella pudo darle un rostro por fin, al tan temido y al mismo tiempo apreciado barón de Clarence. Era de tez blanca, mentón fuerte y llevaba una barba poblada, aunque no descuidada. Sus ojos azules aunque de un tono claro, se veían tormentosos. Hubo un momento en el que su mirada se dirigió a la parte de la fila donde ella estaba y medio detuvo el paso para verla solo un segundo. Sus miradas se encontraron y ella sintió un estremecimiento de pies a cabeza. Se veía como un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido, y solo por encima podía decir también que tenía un genio de los mil demonios.

Capítulo 3

No podía dormir. Sus pensamientos iban a su familia una y otra vez; su hermana pequeña en una casa donde había sido impuesta, y donde la última vez que la vio, notó que no la trataban como a un miembro más de la familia de su padre, sino como una boca más que alimentar. Ella sabía que debía sacarla de allí cuanto antes, pero estaba la deuda de su padre con ese horrible hombre y de paso también tenía que lidiar con el director de la cárcel, que cada vez que la veía la desnudaba con la mirada y que incluso había querido propasarse con ella. En una ocasión le dijo que podían llegar a un acuerdo para sacar a su padre de allí —su cuerpo se sacudió con escalofríos, sentía asco de solo pensarlo. Belle amaba a su padre pero jamás se prostituiría para sacarlo de allí, aun cuando lo adoraba. Se levantó de su cama con cuidado de no despertar a Susi, que ahora dormía con ella en la misma habitación, por petición suya. Encontró que se divertía mucho hablando con ella y escuchando sus relatos, así que un día simplemente le propuso la idea a Susi, que aburrida de la chica con la que compartía habitación, accedió encantada.

Se colocó un vestido encima y salió a tomar un poco de aire al jardín, con la esperanza de que eso despejara su mente. Cuando llegó allí, fue hasta uno de los asientos de mármol y se puso a mirar el cielo, tratando de buscar una estrella fugaz para pedir un deseo. Su padre le había enseñado eso a su madre y ella se lo transmitió a sus hijas. Era una costumbre que en noches estrelladas todos fueran a ver el cielo y competían por quien encontraba primero una estrella fugaz. El aire olía a rosas, a flores de verano y a lluvia. Podía escuchar el ruido de los grillos y el chapoteo del agua al caer una y otra vez en la fuente con forma de querubín que había en el centro del jardín. Estuvo un rato solo disfrutando de aire frío y los olores, imaginando que no había un solo problema en su vida.

De repente escuchó una voz profunda que la hizo saltar del asiento — ¿Qué demonios hace aquí, con este frío y a estas horas?

Belle no fue capaz de articular palabra.

—¿Esta sorda o es muda?

—Ninguna de las dos, milord. Solo estaba admirando el paisaje.

—¿Y no podía hacerlo de día?

Ella bajó la cabeza apenada —lo siento de verdad, milord. No pensé que se disgustaría si venía un rato al jardín —se disculpó desconcertada por la ira que veía en su rostro.

—¿Es usted la nueva criada?

—Sí, milord. Mi nombre es Peggy.

—Quiero que se vaya inmediatamente y espero no volver a encontrármela a estas horas por aquí.

—No sabía que estaba prohibido. Disculpe, no volverá a pasar. Belle se alejó de allí casi corriendo y desconcertada por la forma en la que ese hombre le había hablado. Era un grosero, solo porque ella estaba allí, no tenía derecho a tratarla de esa forma. Pero así eran los aristócratas. Mientras subía las escaleras al ático, se repetía una y otra vez que deseaba no volver a encontrarse con ese hombre nunca más.

Días después de aquel incidente, Gabriel estaba jugando con su sabueso; un perro largo y orejón, al que adoraba. Nuevamente estaba en el jardín y le tiraba un pedazo de madera al perro para que este lo recogiera y se lo llevara. En una de esas, el perro vio a Belle que venía con unas flores que acaba de darle el jardinero para decorar la casa, y fue tras ella alegremente moviendo su cola. Ella lo vio venir y lo miró al principio con desconfianza, había sido testigo de niña de un ataque terrible de varios perros a un niño, y aunque no les tenía miedo, si les tenía respeto. Pero el animal, cuando la tuvo cerca, se sentó y la miró.

—Hola... ¿quieres algo?

El perro ladró y entonces se paró en dos patas contra ella olisqueando uno de sus bolsillos. Ella se preguntó que le causaba tanta curiosidad sobre su bolsillo, hasta que recordó que un rato antes de había metido dos galletas del desayuno por si le daba hambre. Sacó una de las galletas y se la dio al animal que agradecido empezó a lamerle la mano y se dejó acariciar.

—¡Marco! ¿Dónde estás? —escuchó a aquel maleducado.

El perro ladró y ella supo que ese era marco. Ahora ese hombre sabría donde estaba y tendría que verlo y hasta inclinarse ante él en reverencias que no tenía deseos de hacerle.

Gabriel se metió entre uno de los arbustos tratando de buscar a su perro hasta que lo escuchó ladrar. Pero no estaba solo, estaba con aquella muchacha que se encontró en el jardín, ese día que estaba molesto. Pagó su rabia con ella y no debió. Sin embargo ella tampoco había hecho las cosas bien. ¿A quién diablos se le ocurría irse a esa hora de la madrugada a caminar por el jardín? No es que fuera peligroso, pero no era prudente y podía enfermar. La vio tensarse apenas apareció frente a ella.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, miord. Sí me disculpa tengo que volver a mis quehaceres.

—No tan rápido... ¿Cual es su nombre?

—Peggy.

—Bien Peggy, quería decirle que estaba de mal humor aquella noche que la encontré en el jardín. No quise hablarle de ese modo pero esas no son horas para estar caminando por la casa. Sin embargo no debió hablarle de ese modo.

¿Eran ideas tuyas o el barón se estaba disculpando?, pensó algo confundida.

—Yo no debí estar fuera, le pido una disculpa y como le dije no volverá a suceder —le habló muy digna. Podría ser del servicio pero tampoco se iba a dejar tratar como si no valiera nada. Ese hombre podría tener mucho dinero pero poca educación.

—Muy bien, ya aclarado el asunto, regrese a sus deberes.

Satisfecho por su buena obra del día, ahora la despachaba —se dijo Belle molesta mirándolo con ganas de darle un bofetón —se dio la vuelta y se alejó de allí diciéndole todo tipo de cosas mentalmente.

Gabriel la miró cuando se iba, era una joven bonita, tenía unos ojos bastantes expresivos y de un color dorado muy poco común. Sabía que a ella no le había dejado satisfecha su disculpa a medias pero no podía hacer más que eso. Sabía que su temperamento era explosivo y era un rasgo de carácter que le había heredado a su padre, un hombre agresivo y violento que había sembrado terror entre sus sirvientes y hasta en su propia familia. Creía que a todos debía tratarlos con mano dura, sin embargo él se había prometido nunca

lastimar a nadie y suavizar su forma de ser para jamás parecerse a él. Y la verdad es que lo había logrado bastante bien, hasta que se casó con Eloise. Ella tenía la capacidad de sacar lo peor de él. Desde que se casó con ella no había tenido paz, pero ya no podía dar marcha atrás y ahora tendría que vivir con esa mujer el resto de su vida. Una esposa que no se preocupaba en lo más mínimo por él y que solo quería su fortuna. Ni siquiera había sido capaz de darle hijos y él sabía que era porque ella no lo deseaba, pues ni ella ni él sufrían de nada que pudiera evitar la concepción. Pero todavía podía recordar a su padre, encantado con ella y diciéndole los hermosos hijos que tendrían sin hablar del gran enlace que sería y lo conveniente para ambas familias. Si solo hubiera escuchado a su intuición, ahora podría al menos tener algo de tranquilidad.

—Belle por favor, ve a la habitación de lord Clarence y agrega más carbón en la chimenea —ordenó la señora Bishop.

—¿A la habitación de lord Clarence? —repitió ella al ama de llaves.

—¿Que acabo de decirte, niña?

—Es que es Susi, la que se encarga de eso.

—Pues ahora te toca a ti porque ella está haciendo otras cosas y necesita que le des una mano, con las chimeneas de milord y milady.

Ella tragó en seco. No quería ver a ese hombre y en los últimos días había estado bastante tranquila sin cruzarse con el barón o con su esposa. —Voy enseguida, señora Bishop —buscó un cubo con carbón fue a las escaleras. Cuando llegó a la habitación de la baronesa, no había nadie y pudo hacer todo con tranquilidad. Pero cuando llegó a la habitación del barón, las cosas fueron distintas. Ella al principio la vio vacía y se agachó para comenzar a poner el carbón y avivar el fuego, luego se levantó para irse. En ese momento él entró rápidamente asustándola. Venía hablando solo.

—Ella cree que soy un maldito idiota. Por Dios todo el mundo sabe que coquetea con cuanto hombre le parece apuesto, pero ¡maldita sea! ¿Por qué ponerme el cuerno con un jovencito de 20 años? —de repente vio a Belle, que hasta ahora había estado callado, tratando de hacerse lo más invisible posible.

—¿Qué diablos haces aquí? ¿Es que acaso me estás siguiendo? ¡Te

encuentro en cada maldito lugar! —le dijo tirando unos papeles que tenía en las manos.

Parece que era su pregunta preferida cada vez que la veía. —solo ponía mas carbón en la chimenea, milord.

—¿Estabas escuchando?

Ella no sabía que decirle. Sí le decía que no, le diría mentirosa y si le decía que si, podría enfurecerse más y hasta echarla.

—Yo...bueno...no era mi intención...

—¡Maldita sea! —gritó iracundo —largo de aquí, ahora.

Ella bajó la cabeza y corrió hacia la puerta, pero no lo suficientemente rápido y en su rabia y sus ganas de estar solo, él la tomó del brazo y la llevó casi a rastras a la escalera casi a empujones. Ella se puso nerviosa, había escuchado que era un hombre violento y agresivo, y que últimamente sus ataques de ira eran constantes. Tuvo miedo de que pudiera lastimarla y trató de zafarse de su agarre y no se fijó donde pisaba. Pensó que tenía más espacio, pero había un escalón allí mismo y al liberarse de Gabriel, cayó por las escaleras, ante la mirada atónita del mayordomo que venía subiendo de prisa para ver qué era lo que estaba pasando. Gabriel trató de agarrarla cuando caía pero no pudo hacer nada y la vio golpearse con varios escalones hasta quedar inconsciente en el piso. Corrió hasta ella y la tomó en brazos, pero sus ojos no se abrían y él pensó lo peor.

—Whitlock, llama al médico de inmediato.

—Enseguida, milord —el hombre corrió llamando a uno de los lacayos para que fuera por el médico. Mientras se regaba como pólvora por toda la casa que el barón había empujado a Peggy, la nueva criada, por las escaleras y posiblemente la había asesinado.

Una hora más tarde llegó el médico y la examinó en el dormitorio de Gabriel, pues él había dispuesto que fuera así y no en su habitación que quedaba mucho más lejos.

—¿Ella esta bien, Laurence? —le preguntó Gabriel a su amigo y doctor de la familia por años.

—Lo está. Afortunadamente no fue nada grave. Se dio un fuerte golpe en el hombro y en la cabeza, y también su cadera está magullada, pero no se ha roto nada. Le mandó un tónico para el dolor, y además le dio láudano. Le dijo que ella no podría moverse en una semana, hasta que sanara bien, sobre todo del golpe en la cabeza.

—Sí siente mareos, por favor avísenme para venir nuevamente a verla.

—Muy bien, así se hará. —le ofreció la mano —gracias.

—No hay de qué, tuvo mucha suerte esa jovencita —le dijo mientras tomaba su maletín y se dirigía escaleras abajo.

Gabriel se quedó con ella en la habitación, en contra de los deseos de la señora Bishop.

—Por favor, milord —la mujer miraba nerviosa la puerta, preguntándose en qué momento entraría la baronesa haciendo un escándalo porque había una mujer en la cama de su marido.

—Dije que no, señora Bishop. Yo fui el causante de esto y me quedaré aquí a vigilar que cuando despierte, esté bien.

La mujer quiso rodar los ojos pero lo único que hizo fue asentir —como usted diga, milord.

—¿Mi esposa está enterada de lo que sucedió?

—Sí, milord.

—¿Y no ha dicho nada?

—No —lo miró apenada pero por dentro daba gracias a Dios.

—Ya veo...

Su esposa era la mujer más insensible que había conocido en su vida. ¿Como era posible que se enterara de lo que había pasado y ni siquiera preguntara por su condición o se presentara en la habitación para saber como seguía? —negó con la cabeza —la forma en la que Eloise pensaba, era algo que escapaba a su conocimiento.

Vio que la joven se movía y después abrió los ojos. Como lo primero que vio fue el rostro de él, se asustó.

—No temas. ¿Yo solo quiero saber como estás? ¿Te duele algo?

Ella lo miró molesta — ¿como cree que puedo sentirme, milord? ¿Es que acaso no ve que casi me mata?

—¡Peggy! —el ama de llaves la reprendió —el barón ha estado muy preocupado por ti. No se ha movido de aquí, esperando a que estuvieras bien.

—Era lo mínimo que podía hacer —respondió ella tocándose el bulto en su cabeza.

—No fue mi intención, Peggy. Estaba...

—Estaba molesto y tenía que pagar su rabia con alguien —le dijo sin admitir excusas —usted no es más que un loco desgraciado —le gritó, dejándolo a él y a la señora Bishop sorprendidos.

—¡Por Dios, muchacha! ¿Como te atreves a hablarle así al barón? —miró a Gabriel —milord, por favor discúlpela. Seguro esto debe ser por ese golpe en la cabeza.

—No es por ningún golpe en la cabeza —dijo ella furiosa —él casi me mata y solo fue porque estaba en su camino cuando él estaba molesto. Es un loco, un desquiciado. Es por eso que tiene la fama de ogro que tiene.

Mientras ella vociferaba, Gabriel sonreía entre dientes. Le gustaba su ímpetu. Tal vez le pareció un pequeño ratón miedoso las primeras veces que la vio, pero al parecer tenía agallas.

—Puedo ver que te encuentras bien, Peggy —le dijo aliviado.

—No gracias a usted.

—¡Niña, es suficiente! No tratarás de esa forma a lord Clarence.

Gabriel sonrió —no se preocupe, señora Bishop. Es mejor verla discutiendo conmigo, que inconsciente.

—¿Que es todo este alboroto? —la baronesa llegó en ese momento y vio a la criada acostada en la cama de su esposo ¿Que significa esto?

—Lo que ves. —la miró con ojos entrecerrados —no me digas que estás celosa, querida.

—¿Celosa? —se echó a reír —no de una criada —miró a Peggy — ¿y bien? ¿Me dirás que pasó con ella o tendré que preguntárselo a la servidumbre?

Gabriel la miró como si quisiera asesinarla —Peggy se cayó por la escalera, llamamos al médico y dije que la atendieran aquí porque no sabíamos que tan grave había sido la caída como para llevarla hasta el ático.

—Esto es inaudito. No permitiré este tipo de confianzas en mi casa. Ella debe irse, señora Bishop —le dijo al ama de llaves que la miraba preocupada.

—Pero milady...

—Por favor, no discuta conmigo. Solo páguele lo que se le adeuda y busque a otra persona.

—¿Es que te has vuelto loca? ¿No ves como está esta muchacha? —exclamó Gabriel exasperado por su indolencia.

—No me importa.

—Pues a mi si —se levantó de donde estaba —esta también es mi casa y no permitiré que la eches como si nada. ¿Acaso tiene la culpa de caerse por las escaleras? Habla muy mal de ti como persona, que quieras echarla por esa razón.

Eloise sonrió con sarcasmo —Haz lo que quieras entonces —se fue de allí tocando su frente, y él sabía que una de sus oportunas jaquecas venía en camino.

Capítulo 4

Un rato después cuando Belle intentó levantarse, le preguntaron si tenía mareos y ella dijo que no, e insistió en irse a su habitación. Lentamente fue caminando con ayuda de un lacayo y de la señora Bishop, hasta que llegó a su cama y la depositaron con cuidado.

—Oh Dios, estaba tan preocupada por ti —Susi su nueva amiga corrió hacia ella. —nos dijeron que él te había empujado por las escaleras.

—Eso no es cierto —intervino el ama de llaves —fue un accidente.

Belle la miró un momento —todavía no sé bien si lo fue.

—Pudo ser un accidente, como dice la señora Bishop —dijo Susi.

—Ese hombre es demasiado violento —dijo Belle, acomodándose en la cama.

—Porque mejor no descansas. Ya tendrás ocasión para pensar en lo que quieras y hablar con Susi. Por ahora, es mejor que sigas las indicaciones del doctor.

—¿Usted cree que me vayan a despedir?

—No seas tonta. ¿Es que no escuchaste lo que dijo, milord?

—Pero la baronesa...

—Ella puede decir muchas cosas, pero es el barón él que tiene la última palabra y al parecer le agradaste. No sé como explicarlo —dijo con sorpresa —después de aquel rapapolvo que le echaste pensé que me diría que te quería fuera de la propiedad, pero al parecer se siente demasiado mal por lo que pasó, o ese carácter tuyo que no conocía, lo ha impresionado.

La semana pasó muy rápido y Belle poco a poco se fue recuperando de aquel episodio. Sin embargo no dejaba de pensar en el barón y su actitud tan distinta desde aquel día. Al principio no sabía ni su nombre y ahora cuando la

veía saludaba y hasta le sonreía. Pero así como la actitud del barón cambió para bien, la de la baronesa cambió para mal. La mujer no podía ni verla y cuando Belle tenía la mala suerte de encontrársela, le hacía mala cara, o dejaba caer su taza de té, para que ella tuviera que limpiar el desorden. Otras veces ella aseaba la habitación y poco después la baronesa se quejaba de que estaba sucia y el baño olía mal porque ella no lo limpiaba bien. Belle no se explicaba su comportamiento, pero Susi le decía que era porque al verla en la cama de su marido, la mujer estaba celosa. Ella no podía creer que eso fuera cierto. Una mujer como esa; hermosa, educada, rica y con ese título, jamás podría tener celos de ella.

Una de esas muchas ocasiones que recordaba, era la vez que su doncella fue despedida por haberle robado. Para todos fue sorprendente porque ella decía estar muy feliz con el trabajo de Beryl, pero de un momento a otro la policía llegó a la casa y ella lloraba arrodillada suplicándole a la baronesa que no la enviara a una cárcel, que tenía una familia que dependían de ella y que en esa casa la conocían desde hacía años como para saber que jamás tomaría nada que no fuera suyo. Pero la baronesa le dijo que era una mentirosa y que no se lo perdonaría porque la había tratado con consideración y amabilidad y ella le había pagado muy mal. Beryl incluso se desmayó y la mujer no tuvo un gramo de compasión. Ya después cuando aquel alboroto había pasado y la pobre Beryl había tenido que irse con la policía, se regó por toda la casa que lo que sucedía, era que Beryl le sabía demasiados secretos a la baronesa y ella no podía permitir eso.

Todos se fueron a sus quehaceres, sin embargo el ambiente era triste y cargado de preocupación. Nadie quería que en un ataque de ira de la baronesa, ella simplemente decidiera culparlos de algo indebido y los echaran sin referencias o peor, los llevaran con la policía. En la noche, todos se sentaron en el comedor del servicio a la hora de cenar. Todos hablaban de lo mismo, el destino cruel de la pobre Beryl.

—Pobre de la que ocupe el puesto de Beryl. No será fácil mantener a esa mujer feliz y si por cosas del destino esa persona se entera de los secretos de la baronesa, estará perdida —comentó Susi.

—¿Qué clase de secretos? —preguntó ella.

—Todos sabemos sobre sus amantes y medio mundo lo comenta. El único que se hace el de la vista gorda es milord —dijo uno de los lacayos.

—Bueno, solo queda esperar y ver que nos trae el día de mañana —Belle

añadió con cierta preocupación, pues sabía que la mujer había estado preguntando si había alguien entre las mujeres del personal, que supiera hacer peinados y fuera una persona lo suficientemente educada como para hacer las veces de su doncella mientras conseguía un reemplazo.

El día siguiente la despertó con la mala noticia de que la baronesa había mandado llamarla.

—Tienes que ir, Peggy. Es mejor que lo hagas apenas puedas y no la hagas esperar. Ser doncella no será algo malo.

—¡Dios! Lo que me faltaba. Esa mujer es una bruja, me detesta.

—No exageres.

—No lo hago, no puede verme y ahora resulta que me quiere como su doncella personal.

—Momentáneamente. Así que solo tienes que aguantar un poco mientras llega el reemplazo de Beryl.

—Eso es lo que dudo que pueda hacer.

Belle entró en la habitación de la baronesa.

—Oh Peggy, pasa, pasa, quería hablar contigo.

—Usted dirá, milady.

—Me gustaría que fueras mi doncella provisional. Me he enterado de que peinas muy bien, y eres una joven instruida, que sabe leer y comportarse apropiadamente.

—Sí, milady.

—¿Donde aprendiste?

—Con mi padre. A él le gustaba que yo leyera mucho.

—Pero la educación no ha podido dártela él, si era un pobre campesino.

Belle quiso agarrarle por el cabello y decirle que su padre era mil veces más instruido que ella.

—Había una amiga de la familia que era institutriz en casa de familia noble, y nos visitaba a menudo. Ella le pidió a mi padre que me dejara aprender con ella lo necesario para poder valerme en este mundo. Le dijo que tal vez podría algún día estudiar para ser maestra.

La baronesa se echó a reír —bueno, ya vemos que eso no resultó ¿verdad?

Ahora si la mataría. Estúpida mujer, se creía más que cualquiera.

—Bueno, vayamos al grano —esta noche tengo una cena formal y debo ir perfecta. Ira gente de lo más selecto de la sociedad y quiero deslumbrar.

—Sí, milady.

—Entonces, no se hable más. Te espero más tarde

Desafortunadamente cuando Belle llegó para ayudarla, la mujer no hizo más que quejarse, estaba histérica porque el vestido que deseaba no estaba planchado y cuando se lo dio a Belle ella no lo planchó bien. Luego de eso, se puso furiosa porque le ordenó que le hiciera un peinado alto y ella se lo hizo perfecto, le quedaba hermoso lo adornó con pequeñas perlas, pero a ella no le gustó. Luego de eso le hizo deshacerle y rehacerle el peinado tres veces porque nada le gustaba.

—Oh Dios! Déjalo ya —le dijo molesta mientras la empujaba —eres una inútil. Voy a tener que conformarme con esta cosa horrenda que me has hecho en el cabello porque es demasiado tarde. —la miró como si fuera una cucaracha —al final, no vas a poder hacer nada mejor.

Una semana más tarde, después de estar casi volviéndose loca por los berrinches de esa mujer, le dijo que le hiciera algo para un evento que tenía en la tarde con unas amigas. Pero nuevamente nada le gustó y esta vez fue más agresiva. La humilló y la sacó de la habitación gritando a todo pulmón que era una inútil.

—Milady, yo solo he hecho lo que usted me dijo. Además no soy experta, usted lo sabe.

Eloise no la dejó terminar y le dio una bofetada — ¿te atreves a contestarme? ¿Quién te has creído que eres?

Gabriel venía subiendo las escaleras cuando escuchó el alboroto y alcanzó a ver cuando su esposa golpeaba a Peggy. Eso le dio tanta rabia que a pasos agigantados llegó hasta donde estaban y antes de que pudiera volver a golpearla —la agarró del brazo — ¿te has vuelto loca?

—Por supuesto que no —dijo con toda la tranquilidad del caso. Actuaba como si no hubiera pasado nada.

—¿Por qué le pegas a Peggy? ¿Crees que es tu esclava o algo parecido?

—Es una sirvienta y de paso una insolente, se lo merecía.

Peggy se tocaba la mejilla con los ojos húmedos, pero Gabriel vio el brillo de ira en sus ojos y como temblaban sus manos de rabia.

—Lo mejor es que te vayas. Estás despedida —le dijo como si fuera una

reina.

—El único que tiene derecho a despedir a alguien de la servidumbre soy yo. Permití lo de tu doncella porque dijiste que ella te había robado, pero estoy investigando el asunto y si me entero de que las cosas no han sido de esa forma, tendrás que responder ante mí.

—Eres un idiota. Siempre un blandengue cuando se trata de esta gente, por eso no te respeta.

—Me respetan, Elinor y además me estiman mucho más que a ti.

—¿Es que acaso ella te gusta? ¿Te las estas llevando a la cama?

—Yo jamás haría algo así —gritó Belle —ya me cansé de su falta de respeto.

—Oh vaya, la criada cree que estoy faltándole al respeto.

—Lo haces, así que cállate la maldita boca de una vez. —la haló del brazo y la llevó a rastras al dormitorio de ella.

—¿Qué haces? —le habló temerosa de haber ido más allá de los límites de su esposo. Tal vez la iba a golpear.

—Te quedarás aquí, mientras yo arreglo las cosas con Peggy. No saldrás hoy, porque si lo haces te buscaré allá a dónde vas y te traeré a rastras dejándote en ridículo. Así que estarás encerrada aquí toda la noche, de esa manera no podrás coquetear ni retozar con alguno de tus amantes secretos.

—¡Yo no tengo amantes secretos! —fue lo último que le escuchó vociferar mientras él cerraba la puerta de un golpe que casi la saca de los goznes.

Peggy a pesar del dolor en su mejilla, sentía ganas de reír al ver la cara de la mujer cuando su esposo la trató de esa forma. Ella creyó que el barón estaría toda la vida aguantándole sus humillaciones pero cuando este por fin empezó a tratarla como se merecía, se dio cuenta de que su reinado estaba terminando.

Ese día, había un baile en la casa y todos estaban corriendo para que saliera perfecto cada detalle. No sabía como podían hacer tantos eventos todo el tiempo cuando en ese lugar siempre habían peleas, discusiones y siempre se sentía un ambiente tenso. Pero sabía que era Eloise la que insistía con sus invitaciones a todo el mundo, porque el barón las detestaba. Su rostro cuando

tenía que atender a los invitados, era de pocos amigos, mientras que el de ella era de felicidad extrema porque amaba mostrarse. En la noche cuando la mayoría de los invitados había llegado, ella estuvo asomándose varias veces a los salones vacíos y al jardín, para estar pendiente de cualquier cosa que pudiera presentarse y para limpiar cada desorden que los invitados hacían. *¿Acaso había sido ella tan desconsiderada en las reuniones como lo eran ellos?*, se preguntó. No recordaba haber sido grosera o humillante con los sirvientes de su casa, pero tal vez era su punto de vista y ellos pensaban otra cosa.

Vio al barón hablando con algunas personas y luego vio a Eloise bailar con varios hombres coqueteando de manera descarada mientras su esposo la veía con ojos asesinos. Era una lástima porque el baile en general, estaba siendo un éxito y ella casi podía soñar, recordando el tiempo en el que también asistió a varios. Miraba las lámparas enormes brillando a la luz de las velas, los vestidos elegantes de última moda, con telas exquisitas y los peinados acompañados de joyas hechas solo para impresionar, unas más hermosas que otras.

—¿Belle? —una voz femenina la llamó y ella sintió que su corazón se detenía en ese momento.

Ella ni siquiera quiso voltear.

—Belle ¿eres tú? —la persona insistió y ella no tuvo más remedio que salir corriendo de allí. No quiso saber quién era, ni mostrar su rostro para confirmar que era ella. Fue hasta uno de los salones más alejados y allí se sintió a salvo de miradas y de que pudiera encontrarse con alguien más. Estaba tan agitada que pensó que se desmayaría allí mismo. *Dios, todo el tiempo evitando un momento así... ¡que vergüenza! La gente hablaría, diría que había caído tan bajo que ahora era una criada después de... ¡Ya basta!*, se reprendió a sí misma. *Belle Dwan, eres una egoísta ¿Qué diablos importa lo que digan los demás? Tu padre está en una cárcel de deudores y más bajo no podría haber caído. Todo el mundo lo sabe y si a ninguna de esas personas le importó tanto como para darles la mano, o al menos preguntar como estaba él ¿Por qué debe importante a ti lo que ellos digan de tu forma de salir adelante y tratar de sacar a tu familia de apuros?*

De repente escuchó un ruido y parecían unas voces hablando muy bajo. Ella se acercó un poco más y con sigilo. Parecía que era alguna pareja que se había ido a esconder allí para tener un encuentro secreto, pero ella no pudo

evitar acercarse más porque cuando la mujer rió por algo que dijo su acompañante, ella podría haber jurado que conocía bien esa risa. Trató de hacer el menor ruido posible y se agachó detrás de un mueble grande desde donde podía ver bien a la pareja que ahora se abrazaba y se acariciaba Belle no podía creer lo que veía pero ciertamente sus ojos no la engañaban y la mujer que se acariciaba de manera atrevida con aquel hombre, era nada más y nada menos que la baronesa de Clarence.

Belle se tapó la boca para que no escucharan su jadeo de sorpresa y muy lentamente fue retrocediendo para marcharse de allí. Le molestaba porque a pesar de que el barón era un hombre tosco y grosero a veces, con ella nunca se había portado mal y le daba una vida de reina. Cualquiera que no viviera en esa casa podía decir que él era el culpable por su temperamento pero ella veía que era ella Eloise quien lo incitaba a pelear, era ella con sus coqueteos, la que había destruido su matrimonio y ahora esto, ver la forma en la que faltaba el respeto a su esposo, estando con otro bajo mismo techo en el que estaba él...le daba asco. Sin embargo, las sorpresas esa noche no habían acabado, pues en algún momento de esa noche, la baronesa decidió escaparse con aquel hombre dejando a su esposo solo y sumido en la vergüenza.

Todo el mundo se enteró a la mañana siguiente cuando Cossett, la doncella de la baronesa se dio cuenta de que ella no estaba en su habitación y vio que faltaban algunos vestidos y todas sus joyas. Buscó a su señora por todo lado y al no encontrarla no tuvo más remedio que decirle al barón lo que ocurría. Pero al mismo tiempo que se lo dijo fue corriendo al comedor de sirvientes donde todos desayunaban para contarles todo con pelos y señales. La servidumbre en general comenzó a especular, otros se reían y hacían bromas crueles con respecto a ella y a lo aburrida que debió estar del barón, y unos pocos como el ama de llaves, Susi, el mayordomo y Belle, sentían pena por todo lo que tendría que afrontar el barón a causa de esa mala mujer.

Capítulo 5

Mientras las semanas pasaban y afuera todo era normal, dentro de la casa las cosas se veían cada vez peor. El rumor se extendió rápidamente por todo Londres y ahora Gabriel era visto como el mayor cornudo de la temporada. Eso, porque obviamente en cada temporada había uno y el del momento, era Gabriel. Belle veía como poco a poco su ánimo fue decayendo y solía beber todo tipo de licor a cualquier hora del día. No salía de la casa, casi no se aseaba y podía durar días en el estudio o en su recámara. Solo su mayordomo era quien le llevaba la bandeja con licor y cuando le llevaba otra cosa como el desayuno, este lo tiraba con rabia contra la pared. Los sirvientes hablaban de que no resistirían mucho tiempo así, pues él no se había hecho cargo ni siquiera del pago del último mes. Ella se había enterado de eso por las quejas continuas de la mayoría de los sirvientes, que iban con sus reclamos al ama de llaves y esta al mayordomo. Whitlock solo les decía que él manejaba cierta cantidad de dinero que le daba su señor, pero que ultimamente él no hablaba de nada y cada vez que le preguntaba solo le decía que lo dejara en paz. Muchos ya estaban pensando irse, otros incluso ya habían pedido cartas de recomendación de parte de la señora Bishop.

Un día Belle se despertó y vio el rostro del mayordomo tan abatido que le dio pesar.

—Señor Whitlock, ¿puedo preguntarle que le sucede?

—No es nada, Peggy. Cosas de la edad.

Ella lo miró un momento. —No creo que sea eso. ¿Tal vez tiene que ver con el barón?

El hombre suspiró —no es fácil verlo así. En todos mis años al servicio de esta familia, jamás pasé por una situación como esta.

—Lo siento mucho. Debe ser duro para usted, tengo entendido que lo conoce desde niño.

—Trabajo en esta familia desde hace mucho y lo veo a él como a un hijo,

aunque esté mal decirlo. Sé que muchos hablan de él y dicen cosas terribles, pero en realidad es un buen hombre. Tiene un carácter fuerte, porque lo heredó de su padre, pero él jamás ha hecho las cosas que su padre hizo. El difunto barón, que en paz descansaba era un hombre muy violento y maltrataba a sus hijos. —de repente se quedó callado —no debería estar contándote esto.

—No se preocupe, no se lo diré a nadie, pero si no quiere seguir hablando de eso, no lo haga. De todas formas entiendo su pesar. No debe ser fácil para usted querer ayudarlo y no poder.

—Así es muchacha. Así es... —el hombre se alejó y siguió con sus cosas.

Belle sintió que debía hacer algo. La casa estaba sumida en un ambiente de tristeza e incertidumbre y si el barón seguía así podía poner en peligro su vida. No lo conocía muy bien, pero no le parecía un mal hombre después de todo, y no se merecía ser tan infeliz por culpa de esa mujer egoísta. Ella era la que debía estar cargando con la vergüenza.

Belle la había visto ser una desgraciada con él cuando el barón trataba de acercarse de alguna forma. Siempre se alejaba, como cuando él la invitaba a salir y ella se quejaba de sus jaquecas, o las veces que los vio discutir casi todos los días por cosas sin importancia. La mayor parte del tiempo ella lo criticaba casi hasta el punto de ridiculizarlo y Belle podía notar como apretaba sus puños hasta que se volvían blancos y se iba de allí, tal vez para no hacer algo de lo que se arrepintiera después.

Nunca olvidaría la ocasión en que ella estaba arreglando el dormitorio del barón que era contiguo al de la baronesa, y escuchó una discusión en la que le decía que lo tenía aburrido, que al menos le diera un hijo y la dejaría en paz para siempre, a lo que ella le respondió que no lo hacía porque le daba asco entrar a la cama de un viejo. Ella se preguntó como esa mujer podía decir eso cuando el barón era un hombre de cuarenta años, que en efecto era mayor que ella, pero no era un anciano. Se suponía que se habían casado cuando ella tenía diecisiete y ahora que ella tenía veinticuatro pensaba que el pobre hombre ya tenía un pie en la tumba.

Se fue hasta la segunda planta y fue a las habitaciones. Cuando estuvo de pie frente a la puerta dudó un poco, si entraba él podría tirarle algo o agredirla. Se suponía que estaba ebrio todo el tiempo. Pero se dio valor y se dijo que lo peor que podía pasar era que intentara algo y ella podía gritar a todo pulmón.

Al entrar, lo vio sentado frente a la ventana con las cortinas corridas,

cubriéndolo todo. Prácticamente él veía la tela de la cortina porque no había nada más que ver. Llevaba una botella en la mano y de vez en cuando tomaba un trago.

—¿Qué sucede, Whitlock? —él pensaba que era el mayordomo quien había entrado.

—No es Whitlock, milord.

Gabriel enseguida se levantó de la silla —¿Qué quieres aquí, Peggy?

—Discúlpeme, milord. Pero he venido porque todos estamos preocupados por usted.

—Ya hable con Whitlock para que les de su paga.

—No es por eso, señor. Aunque usted crea que no les preocupa a los sirvientes, todos lo apreciamos y no queremos verlo así.

Tenía la mirada perdida y ella sabía que no ponía mucha atención. Estaba demasiado ebrio para escuchar o entender. Belle salió de allí decidida a volver al día siguiente y todos los días que hicieran falta, pero estaba determinada a sacarlo de su autocompasión. Todos los días ella hizo lo mismo. Entró, habló con él, le dijo lo preocupados que estaban y no vio cambios. Hasta que uno de esos días fue y le habló, y al ver la misma respuesta, le quitó la botella de la mano, molesta porque no le ponía atención.

—¿Me está escuchando?

—¿Pero qué diablos haces? ¿Quién te crees? ¡Largo de aquí! —le gritó furibundo.

—No lo voy a hacer —sus miradas chocaron y se midieron.

—Te largarás de este cuarto o te largarás de esta casa ¿me entendiste?

—Es usted el que no entiende. No saca nada sintiendo pena por sí mismo, dándole el gusto a esa mujer... —enseguida se corrigió —a la baronesa, de que lo vean derrotado. Demuéstrele a ella y a todo el mundo el gran hombre que es, y que ella fue la que se lo perdió por no ver la felicidad que pudo tener a su lado.

Ni siquiera sus amigos, le habían hablado de aquella forma, pensó Gabriel. Luego la miró bien. Ella estaba nerviosa, pero trataba de ocultarlo. Sus manos juntas apretadas y temblorosas le decían que le estaba mostrando valentía pero lo que realmente deseaba era salir corriendo de allí, después de lo que le había dicho. Se frotó la cara con sus manos, tratando de aclarar sus pensamientos.

—Debería echarte por atreverte a venir aquí y hablarme de esa manera.

—Puede hacerlo, señor. Pero al menos habré cumplido con mi deber cristiano. No puedo ver a una persona sufrir de esa manera y no hacer algo por ayudarla. Mucho menos si esa persona no se merece pasar por todo esto.

—¿Y como sabes que no lo merezco? —sus ojos la miraban con recelo.

—Bueno yo...solo lo sé. —no quiso decirle que había estado observando la forma en la que esposa lo trataba, aunque al decir verdad, todo el mundo lo notaba.

—Déjame solo, Peggy —le dijo con actitud cansada volviendo a mirar por la ventana.

Belle se dio la vuelta para irse. Ya no sabía que más hacer después de todos esos días intentando. —como usted diga, milord —se dirigió a la puerta con la cabeza baja.

—Y por favor, dile a Whitlock que envíe mi ayuda de cámara y que traigan agua caliente, quiero darme un baño.

Peggy se detuvo solo un segundo. No se dio la vuelta para mirarlo pero sonrió abiertamente —si milord —salió entonces de la habitación sintiéndose más alegre que en los últimos días —*al menos es un primer paso, pensó.*

Esa semana, el barón se había estado levantando temprano y se quedaba leyendo en su recámara o se iba a su estudio y allí se encargaba de algunas obligaciones. Su abogado había ido algunos días y allí se quedaban horas hablando, y luego de eso, cenaba solo, en su habitación y se iba a dormir. No había hecho mucho por salir a la calle y todavía se veía desanimado, pero al menos ya no bebía todo el día.

Una tarde Belle fue al estudio a limpiar y lo encontró allí.

—Buenos días, milord. No sabía que estaba aquí, regreso más tarde.

—No hace falta, Belle.

—Haz lo que tengas que hacer, que yo estaré mirando estos papeles.

—Sí, milord. —comenzó a correr algunos muebles y a limpiar debajo.

—Déjame ayudarte, eso se ve pesado.

—Oh...no hay necesidad. Yo puedo hacerlo sola.

—¿No es muy pesado para una sola persona?

—Un poco, pero ya me he acostumbrado.

—No debería ser así. Hablaré con la señora Bishop para que de ahora en adelante sean dos personas las que lo hagan.

A ella le gustó aquel detalle. No cualquier señor de la casa, se preocuparía por algo como eso.

Belle lo miró un momento sin saber si decir o no lo que estaba pensando.

—Milord, disculpe si sueno atrevida, pero me preguntaba si no ha pensado usted que unos días en el campo pueden animarlo. Siempre he escuchado que el aire fresco y una buena caminata, hacen maravillas. Y bueno...si no quiere salir aquí en la ciudad por tanto bullicio, el campo es más tranquilo. —en ningún momento dijo que pensaba que no salía a la calle por el que dirán.

Gabriel se quedó callado unos segundos —no lo había pensado. Solo le dijo eso, y tomó un libro, siguió leyendo sin hablar nada más.

Belle limpió e hizo todo sin hacer mucho ruido y luego de eso salió de allí preguntándose si habría metido la pata.

Pero a la mañana siguiente, se sorprendió cuando el barón, la mandó llamar.

—Buenos días, milord —le dijo desde la puerta.

—Buenos días, Peggy. Por favor entre y siéntese.

Ella se imaginó lo peor y lo único que hacía en ese momento era orar y reprenderse por andar metiéndose en asuntos que no eran de su incumbencia. Antes de que él hablara ella decidió hacerlo —milord, quería disculparme por haber sido tan atrevida ayer. No debí decirle lo que debe o no debe hacer. Tengo la mala costumbre de querer ayudar, incluso cuando no me lo piden, pero le aseguro que no volverá a pasar.

Gabriel la miró divertido, y se sorprendió al sentir su ánimo más liviano que en muchos días. Era gracioso verla tan seria dándose golpes de pecho y diciendo que estaba arrepentida de decirle lo que debía hacer cuando sabía que no lo estaba y que solo temía que la despidieran. —muy bien, Peggy, le agradezco sus disculpas. Pero déjeme decirle que no está aquí para ser despedida, si eso es lo que teme.

Ella inmediatamente alzó la mirada — ¿ah no?

—No. En realidad quería proponerle algo.

—Usted dira, milord.

—¿Qué le parece si me acompaña al campo?

Ella lo miró sorprendida — ¿Yo? ¿Pero qué haría yo en el campo, cuando mi trabajo es aquí?

—Puede trabajar allá también. —al verla indecisa, él le explicó —mire, usted vio a mi abogado salir de aquí hace poco, ¿verdad?

—Sí, lo he visto.

—Pues bien, lo que tengo en mente es un contrato donde me comprometo a mantener su puesto aquí en la casa, mientras usted me acompaña al campo. Usted allí será como... —lo pensó un momento —como una dama de compañía, pero en lugar de hacerlo para una señora, lo hará para mí. Y antes de que vaya a decir algo, le aclaró que no hay nada atrevido, implícito aquí. Es un contrato formal como cualquier otro donde usted me presta sus servicios como acompañante y a cambio de eso, recibirá una importante suma de dinero.

—¿Importante? —le preguntó sin tapujos. Ella necesitaba dinero para su hermana y su padre, así que cuando pensaba en ellos, la vergüenza se iba a pasear.

Él tomó un pequeño papel y escribió algo. Luego se lo pasó. Cuando Belle vio aquella cantidad, no lo dudó ni un minuto y asintió —está bien, lo haré. Pero solo seré una dama de compañía, yo soy una mujer decente y no me prestaré para propuestas indecentes, por mucho dinero que haya.

Otro en su lugar se habría ofendido por el hecho de que una criada siquiera insinuara algo así, aunque era cierto que muchos nobles se aprovechaban de su servidumbre. Pero a él le gustó que ella no tuviera reparos para decir lo que pensaba. El hecho de que fuera tan sincera, era algo refrescante para Gabriel.

—Muy bien, ¿entonces tenemos un trato?

—Sí —respondió Belle pensando en lo mucho que ayudaría a mejorar las condiciones de su padre en esa prisión y la ayuda que podría enviarle a su hermana. Sin embargo también lo hacía para ver mejor al barón.

Buscó un papel entre sus cosas y se lo dio a ella para que lo leyera — redacté este contrato para que en caso de que aceptara, usted lo firmara. Belle lo leyó cuidadosamente, mirando cada cosa y luego de eso, tomó la pluma, que él previamente había mojado en el tintero. Con un movimiento fluido y elegante, firmó el contrato, gesto que no pasó desapercibido para él.

Capítulo 6

La casa de campo de Gabriel era hermosa, le había dicho que su nombre era Primrose Manor y le quedaba perfecto porque el lugar estaba rodeado de aquellas flores hermosas con su tono amarillo muy vivo, que le daba un aire de alegría al lugar. Él estaba más entusiasmado incluso desde el camino. Ella le preguntaba por cualquier cosa sobre las casas o el paisaje y él le respondía con entusiasmo. Al llegar, después de un viaje largo, ambos estaban cansados y él le presentó a los sirvientes y le dijo al ama de llaves que Belle era su dama de compañía y le aclaró delante de ella que no admitiría comentarios de mal gusto o suposiciones malintencionadas con respecto a ella. El ama de llaves lo miró sin saber bien que decir o hacer al respecto, pues para ella debía ser extraño que no llegara la baronesa, sino una mujer desconocida, que además tampoco era la amante del barón. Por más loco que pareciera los sirvientes sabían más como comportarse con la amante de su señor que con su dama de compañía. Eso era algo que se estilaba en las damas, no en los caballeros. Le dijo a la mujer que la llevara a una de las habitaciones de arriba, y Belle se sorprendió al escuchar eso, pues esperaba ser compañía pero no ser tratada como invitada. Ella pensó que iría a las habitaciones de las criadas y comería con el personal de la casa pero al parecer el barón no había pensado igual.

—Muy bien, milord. La llevaré a la habitación de las flores.

—Esa estará bien.

—Descansa, Peggy. Luego te llevaré por un recorrido, para que no te pierdas en esa enorme casa.

—Sí, milord.

Esa noche ambos cenaron juntos y quedaron de hacer el recorrido mejor en la mañana que había más luz. Ella al principio se sintió cohibida porque jamás se imaginó compartiendo la misma mesa que el barón, sin embargo, fue agradable. Los dos cenaron en un cómodo silencio, y de vez en cuando él

le preguntaba algo a lo que ella respondía y luego muy educadamente, ambos se despidieron para ir a dormir.

La mañana siguiente comenzó con una criada que fue a llevarle un té y luego le dijo que si quería darse un baño, ella podía ayudarla. Pero Belle sintió vergüenza de que una chica que tenía el mismo puesto que ella, la sirviera. De manera que le dijo que si solo le hacían llegar el agua a la habitación de baño, ella haría el resto. Luego de aquello el barón desayunó muy temprano por lo que no la esperó, pero le dejó dicho que vendría mas tarde para que fueran a conocer la casa. Belle desayunó sola, sintiendo los ojos de más de un sirviente clavados en ella. Luego de eso, se levantó de la mesa y preguntó por la biblioteca para ir a tomar un libro, al menos para entretenerse. Pero cuando estaba comenzando a leerlo, escuchó la voz de Gabriel, que al parecer acaba de llegar. Luego sus pasos se escucharon cerca y ella saltó de la silla, esperando a que abriera la puerta y tal vez la regañara por estar allí.

—Buenos días, Peggy.

—Buenos días, milord. Siento mucho haber entrado así a su biblioteca.

—No tienes porque pedir disculpas, puedes venir cuando quieras. No sabía que te gustaba leer.

—Sí, me encanta. En mi casa teníamos una... —de repente se dio cuenta de lo que iba a decir sobre la biblioteca de su casa y se detuvo.

—Me decías que en tu casa...

—Oh si, teníamos una señora que nos llevaba de vez en cuando libros y mi padre nos alentaba a leerlos para educarnos un poco.

—Bueno, eso fue muy inteligente de parte de tu padre. Ojalá a todas las personas de pocos medios, les dieran esa oportunidad y sobre todo que sus padres estuvieran de acuerdo. No sabes cuantos hay que piensan que educarse no es bueno para sus hijos porque no son ricos y creen que la educación solo es para quienes tienen dinero.

—En eso estamos de acuerdo —le sonrió.

Gabriel la observó ahora que la tenía más de cerca; sus ojos eran realmente bonitos y ahora que no llevaba aquella cofia horrible del servicio, podía ver que su cabello tenía un tono castaño muy hermoso. Ella pareció algo incómoda por su inspección y se alejó —me...me dijo que iríamos a un recorrido por la casa, hoy. ¿Verdad?

—Sí, es verdad. Por eso he venido.

A ella le gustó que él lo recordara y dejara de hacer sus cosas para venir a mostrarle el lugar. Mientras avanzaban por un pasillo, le mostró las diferentes habitaciones por las que iban pasando, y se detenían a miraras, mientras él le contaba alguna historia particular sobre el mobiliario, o quien la había habitado. Ella aprovechó para hacerle preguntas sobre la historia en general de la casa, sobre el personal, y los cuadros de las paredes. Y después de un rato, de caminar por la casa, ella sintió que lo conocía un poco más. De regreso, bajaron las escaleras y sin darse cuenta ella tropezó en un escalón, pero afortunadamente Gabriel estaba allí para ayudarla, de manera que solo fue el susto. Sin embargo cuando él la sostuvo, las miradas de ambos se cruzaron y ella no pudo evitar sentir una especie de aleteo en su corazón. *No se te ocurra, Belle Dwan. Tú no estás a la altura de ese hombre, por lo menos ya no. Además él todavía está pasando por un terrible momento con su esposa, sin agregar que hasta hace poco, pensabas que era algo muy parecido a un ogro.*

Pero lo que ella no sabía, era que Gabriel aunque lo disimuló, también sintió lo mismo. Era algo extraño para él, que una chica, tan joven o más que Eloise y que además era una criada, hubiera causado esa sensación tan extraña de anhelo, en su corazón. Gabriel desestimó el asunto y cuando vio que ella estaba bien, la soltó. —creo que es mejor que vayamos a sentarnos.

—Milord, yo creo que no debería portarse conmigo como si yo fuera una dama.

—¿Y es que no lo eres? Porque no te pareces en nada, a alguien del género masculino.

Belle sonrió al escucharlo bromear —sabe bien que no me refiero a eso. El personal me mira extraño y los entiendo. Yo soy solo su criada.

—Pero aquí eres mi invitada para acompañarme.

Belle se resignó a que no había forma de hacerle entender al barón, lo incómoda que ella se sentía ante la servidumbre, todo el tiempo mirándola como una mujerzuela y no como alguien a quien su señor había llevado a la casa como compañía. Él solo quería pasar los días un poco más entretenidos sin pensar en todo lo que había sucedido. Belle sin querer, escucho un día que una de las criadas decía que no se tragaba el cuento de que era una persona decente, que ella sabía bien que eran amantes. Gabriel parecía hacerse el de oídos sordos a eso, sin embargo ella, una chica a la que habían educado con valores y principios, eso le parecía escandaloso. Más de una vez en el

transcurso de los días que siguieron, ella estuvo a punto de decirle que no seguía más con ese trato, pero el acuerdo económico al que ellos habían llegado , era lo que la obligaba a ir con él a todos lados y no regresar a Londres, mientras Gabriel no quisiera.

Pasadas varias semanas, ella conocía muy bien la casa y se había adaptado lo mejor que podía teniendo en cuenta las circunstancias. A menudo salía a cabalgar con Gabriel, algo que le encantaba, y algunos otros días solo caminaban por los alrededores sin rumbo fijo. Se conocieron cada vez más y ella pudo ver el lado jovial de Gabriel, ese que a no a todo el mundo mostraba. Descubrió cosas de él que la fueron haciendo cambiar su forma de verlo. Pero el problema era que Gabriel también empezó a conocerla más y a notar cosas que antes, por todo lo que había pasado, no pudo. Peggy parecía saber muchas cosas; un día la vio leyendo filosofía, algo que estaba muy lejos de ser una lectura común en una criada. Era normal en esos días que la servidumbre supiera leer. Aunque algunas criadas no lo hacían y no lo veían necesario, pues sus deberes no lo requerían, y por eso no vio raro que leyera, pero el tipo de temas que le gustaban, era otro asunto. Un día podía jurar que la escuchó decir una expresión en francés, pero creyó que lo había imaginado. Otro día estaba hablando de los grandes poetas y ella le nombró unos cuantos. Cuando él le preguntó que si esos también eran libros de aquella señora que iba mucho a su casa, le dijo que si pero a él le pareció inusual que una mujer educada, llevara ese tipo de lectura a una muchacha humilde. Por último, una de las cosas que más llamaban su atención, era el hecho de que comía con modales impecables y no se expresaba como una criada, no hablaba atropelladamente, sino de manera pausada. Gabriel a esas alturas ya no tenía sospechas sino que estaba seguro de que ella no era quien decía ser. Peggy podría ser una joven de la aristocracia, que se había metido en problemas y estaba huyendo o algo mas podía haberla llevado a pedir empleo en casas de familia.

No le dijo por varios días, pero pasado un tiempo, decidió confrontarla. Y mientras cenaban le preguntó sobre eso que había notado.

—No sé de lo que habla, milord. Yo solo soy una criada.

—Ya pueden retirarse —le dijo a los lacayos y al mayordomo que estaban allí.

—Ahora podremos hablar más tranquilos, sin que nadie escuche.

Belle se puso nerviosa —milord, no hay nada que pueda decirle al

respecto.

—Por favor, no lo niegues Peggy. Tus modales, tu forma de hablar, te delatan. ¿De verdad pensaste que nadie se daría cuenta?

—Yo... —ella no sabía que decir.

—Tal vez, al principio, no me di cuenta porque pasaban demasiadas cosas en mi hogar, pero aquí las cosas son más tranquilas y he tenido tiempo de observarte mejor.

—No sé qué tipo de persona cree que soy, pero lo único que puedo decirle, es que si ve que soy un poco más educada, es porque vengo de una familia humilde, donde se inculcaba la educación a pesar de no tener una posición alta. Mi padre amaba leer y me inculcó que estudiara siempre. Me incentivó para que abriera mi mente a todo, y que fuera como una esponja absorbiendo conocimiento de cualquier fuente.

—¿Y dónde está tu padre, ahora?

—Él murió... —ella pidió perdón a Dios, por aquella mentira, pero no quería que nadie se enterara de quién era y de la verdad sobre su padre. Había contado con suerte hasta ese momento, al no encontrarse con nadie más que con aquella persona en el baile de la baronesa, y teniendo en cuenta eso, también había sido una buena decisión salir de Londres. Afortunadamente las cosas en el campo, eran muy distintas y en la situación de él, dudaba de que alguien lo visitara en casa. Sí lo hacían serían los terratenientes y la gente de la localidad y ella no conocía a nadie allí. Gabriel no pareció muy convencido, pero tampoco ahondó más en el asunto. Y Belle aprovechó para disculparse y retirarse temprano aludiendo a que estaba cansada. Gabriel solo asintió y su mirada pareció atravesarla como si buscara algo más. Se despidió con un escueto “buenas noches” y salió de allí rezando porque al día siguiente él hubiera olvidado el asunto.

Un gorrión de garganta roja, se posó en la ventana de Belle y comenzó a cantar. Ella todavía estaba entre las sábanas aprovechando un poco el hecho de que ahora no tenía que levantarse tan temprano como cuando trabajaba en Londres. No había podido dormir bien y toda la noche no hizo más que

pensar en lo que haría si él descubría su mentira. No podía darse el lujo de perder su trabajo. Se aseó y se vistió, para bajar a desayunar, pero por su cabeza pasó la idea de que tal vez, él quisiera aprovechar ese momento para volver a preguntarle sobre lo mismo de la noche anterior. *Mejor me quedo aquí y bajo después con algún pretexto. Puede que se haya ido cuando baje una hora más tarde. Su estómago protestó ante la idea, pero no le quedaba más remedio.*

Gabriel estaba desayunando solo, y le dijo al mayordomo que enviara por Belle. Se le hizo extraño que ella, que siempre se levantaba temprano, no estuviera en el comedor todavía. Se sorprendió al ver la falta que le hacía verla allí como todos esos últimos días, en los que hablaban un rato mientras disfrutaban del desayuno y luego salían a pasear o ella lo acompañaba a tareas en el pueblo. Sin lugar a dudas, Peggy se había convertido en un bálsamo para sus heridas. Su risa, sus comentarios jocosos y su conversación inteligente, lo habían ayudado mucho a dejar de sentir lástima por él mismo. Aunque también le preocupaba estar empezando a sentir otro tipo de cosas por ella. Belle era una joven con más o menos la misma edad de Eloise y seguramente ella no lo vería como un hombre sino como su anciano patrón al que deseaba ayudar. No podía permitirse esos pensamientos, tenía que dejar de pensar en que la mujer indicada todavía existía, y si así fuera jamás la encontraría en una criada.

Pero después de unos minutos, el mayordomo se apareció diciendo que una de las criadas había subido a la habitación de Peggy y esta le había dicho que se sentía un poco indispuesta. Le avisó que la muchacha le había subido algo para aliviar su estómago.

Gabriel supo que no se trataba de eso sino de que ella si estaba ocultando algo. Bien decían que el pecado acobarda, pero ahora él tenía que descubrir cuál era su pecado.

Capítulo 7

Esa misma tarde Belle estaba de regreso del pueblo. Venía acompañada de Rose, una de las criadas de la casa. Al parecer la chica era la única a la que ella le caía bien. Habían estado comprando miel y algunos frutos para un pastel especial que deseaba hacerle al barón. Sabía que quien pondría el grito en el cielo, sería el cocinero pero a ella poco le importaba. También aprovechó el viaje para enviar una carta con algo de dinero a sus tíos y que de esa manera ellos le hicieran la vida más fácil a su pequeña hermana Celeste. Por último envió también otra carta, pero esta dirigida a su padre, contándole donde estaba para que no se preocupara sino lo visitaba en esos días. Mientras iba hablando con Rose, se encontró con Gabriel que venía en esa misma dirección.

—Buenas tardes.

Ambas, Rose y ella hicieron una inclinación —buenas tardes, milord.

—Que bueno verte mejor, Peggy. Me dijeron que te sentías mal esta mañana.

—Sí, sí, señor...milord. —se puso nerviosa. No le gustaba decir tantas mentiras.

—¿Vienen del pueblo?

—Sí, estábamos comprando algunas cosas —omitió el hecho de que también había puesto algunas cartas en el correo.

—Rose, si quieres adelántate, yo me quedaré hablando un momento con Peggy.

—Sí, milord —la chica la miró un momento como si pensara que la iban a regañar y se alejó.

Gabriel entonces hizo algo de lo más sorprendente; le ofreció su brazo.

—Milord, no creo...

Gabriel tomó el brazo de ella y lo entrelazó con el de él —no veo por qué no puedo ofrecerle mi brazo a una dama.

—Yo no soy...

Antes de que ella terminara de decir algo él la interrumpió —vine porque me di cuenta de que estás huyendo de mi.

Belle lo miró con ojos muy abiertos —no...no lo hacía —su zapatilla se enganchó en algo y tropezó. Pero nuevamente allí estaba Gabriel para ayudarla y la sostuvo para que no cayera. Aunque entonces, él la atrajo a sus brazos y acercó sus labios a los de ella. Mientras lo hacía, ella tuvo tiempo para apartar su rostro pero no lo hizo porque en el fondo ella lo había estado deseando también. Los cálidos labios de él, hicieron que un calor extraño pero agradable se abriera paso en ella y sin pensarlo mucho, sus brazos rodearon su cuello en una invitación silenciosa. Gabriel aceptó de buen agrado y deslizó su lengua en la boca de ella. Era una sensación maravillosa, algo que desde hace mucho no experimentaba; los latidos del corazón acelerados, los pensamientos de todo tipo fuera de su cabeza, la calidez y ese deseo acumulándose en su vientre.

Belle había pensado tantas veces en el día en que recibiría su primer beso, pero se dio cuenta pronto que sus expectativas eran las de una niña y eso beso las superaba por mucho. Se aferró más a él, queriendo sentir al máximo todo eso que estaba viviendo y cuando Gabriel la sintió acercarse más a él en ese momento, supo que ella estaba pasando por algo similar a lo que él, ella sentía el deseo, el cuerpo en llamas y las ganas de no separarse nunca. Pero de repente, el pensamiento de estar aprovechándose de ella lo invadió y se apartó rápidamente rompiendo todo vínculo. Con una expresión contrita la observó y tomó sus manos —lo siento, no debería haber hecho algo así. No sé que me sucedió, me disculpo —giró sobre sus talones sin decir nada más, y dejó a Belle completamente desubicada, mirándolo mientras se alejaba.

Gabriel estaba en su habitación, sentado en su sillón tratando de leer un libro para conciliar el sueño. Pero era difícil, todavía se preguntaba porque la había besado y porque ella no lo detuvo cuando pudo. No era tonto, veía que entre ellos dos había algo a lo que no sabía bien, que nombre ponerle. ¿Atracción? ¿Deseo?

Belle era su criada...o bueno su acompañante. No era alguien con quien pudiera jugar al seductor. ¿Por qué diablos la había besado? Apretó los puños y tomó la copa de brandy a su lado. Bebió un trago y sintió el fuerte licor

quemar su garganta. *Lo necesitaba, pensó.* Alejó la copa y se frotó las sienes *¿no aprendiste nada con Eloise?, se preguntó molesto.* Las mujeres hermosas y jóvenes, solo traían problemas y traiciones. Eso era lo que había hecho Eloise y seguramente lo que haría Belle si le daba la oportunidad. No podía enamorarse de ella, al menos no sin salir herido otra vez. Pero ¿Cómo diablos la borraría de su mente? Toda la tarde no había hecho más que pensar en ella, en sus labios, en como lo había hechizado y lo había hecho perder la cabeza con ese beso.

Belle no sabía como se sentía. No había visto al barón en todo el día porque cuando bajó a desayunar, le dijeron que había salido muy temprano, y que dejó dicho que volvería tarde. Ella no se atrevió a decir una palabra pues no era nadie en aquel lugar. Él era su patrón y podía hacer en su casa lo que viniera en gana. Sin embargo, no dejaba de pensar en que estaba alejándose para no darle la cara por lo sucedido el día anterior.

En ese momento, ella estaba cosiendo algunos de sus trajes, y eso la había tenido distraída. No sabía a qué horas llegaría pero quería esperarlo para dejar las cosas claras y decirle que ella no esperaba que algo cambiara por lo sucedido. Él era un barón y ella su criada y nada más. Aunque por dentro sintiera su corazón como un caballo desbocado cuando lo veía y aunque anoche hubiera soñado que estaba en sus brazos, sintiendo sus caricias por todo su cuerpo, ella dejaría en claro las cosas para no tener problemas.

Sin embargo, él no llegó para la cena y al día siguiente volvió a salir muy temprano y ella temió lo peor. ¿Qué tal que estuviera bebiendo en alguna taberna hasta emborracharse? ¿Qué tal si todo lo que había avanzado, se echó a perder por ese beso? Tal vez le recordó su relación fallida con la baronesa...o tal vez esté pensando la forma en la que va a despedirla... *¡NO! No pienses así, Belle. Todo se arreglará, solo tienes que hablar con él.* —fue a su estudio y tomó papel y una pluma. Sabía que era un atrevimiento de su parte tocar las cosas de él, pero la única forma que veía de poder encontrarselo para aclarar las cosas, era dejándole una nota.

Después de hacerla, buscó entre los sellos, uno que no tuviera el emblema del barón, sino que fuera meramente decorativo hasta que lo encontró y selló la nota. No quería que si se la daba a alguien del personal, estos fueran a leerla porque sabía que ganas no les faltaban. Después de eso, fue hasta el

mayordomo y le dijo que por favor, le entregara esa nota al barón cuando lo viera, y cruzó los dedos para tener buena suerte.

Las horas pasaron y así también pasó la hora de la cena, sin indicios de que Gabriel fuera a llegar. Belle con ánimo decaído, se fue a su habitación, se alistó para dormir y se quedó en la cama tratando de conciliar el sueño.

Mucho más tarde, algo la despertó. No sabía bien que era, pero se dio la vuelta para mirar en su habitación y todo estaba oscuro. Las brazas de la chimenea ya estaban débiles y quedaba una tenue, casi inexistente luz debido a los restos de carbón encendido que estaba por acabarse. Aun así, se podía ver algo, una sombra junto a la chimenea. Era como si alguien estuviera asentado en la silla, y desde allí la mirara.

—¿Hola? ¿Hay alguien allí? —preguntó temerosa. ¿Y si era un fantasma?

Nadie le respondió y ella intentó levantarse tomando una de sus pantuflas en la mano. Sabía que no le daría un golpe mortal con ella, pero no tenía nada más para defenderse. Aunque en el momento en que ella estuvo cerca de aquella sombra, escuchó una voz.

—No te inquietes, soy yo.

Belle casi grita del susto pero se contuvo —Milord... ¿pero qué hace usted aquí?

—Solo te veía dormir —le dijo tranquilamente. Sin embargo, cuando ella se había levantado de su cama, y se puso frente a él, no se percató de que aunque no hubiera mucha luz, su camisión alcanzaba a transparentarse un poco y él pudo tener un vistazo de su hermoso cuerpo. No había duda de que era una mujer creada para ser amada a cabalidad. Tenía curvas generosas y pechos plenos que lo incitaban a tocarlos. No supo cuando, ni como, solo se levantó y se acercó a ella —recibí tu nota.

—¿Sí?

—Decía que necesitabas hablar conmigo con suma urgencia.

—Yo...si eso escribí pero... estas no son horas de hablar. —dijo algo nerviosa.

—Peggy... —su nombre salió de él como un susurro —lo que menos quiero hacer es hablar —se acercó más —eres tan hermosa que es difícil no sentirse tentado contigo.

Ahora que estaba tan cerca de su rostro, ella pudo percibir que había bebido.

—Milord, por favor. Usted ha estado bebiendo, creo que lo mejor es que vaya a su habitación.

—No más, milord. Tutéame y llámame por mi nombre, Gabriel.

—Pero milord...eso no sería correcto.

—Gabriel, me llamó Gabriel —sus manos acariciaron sus hombros con suavidad y ella por un segundo lo dejó sintiendo que su piel despertaba a la vida.

—Está bien Gabriel, has bebido. Si no nos detenemos, mañana nos vamos a arrepentir.

—Jamás me arrepentiría, porque estoy consciente de lo que hago. He bebido, es cierto —tomó su cuello en una sutil caricia —pero no estoy borracho, sé lo que hago y necesito volver a sentir tus labios —acarició con su boca la de ella y luego tomó plena posesión de esta en un beso abrasador. Este no fue como el beso delicado de unos días atrás. Este era uno que hablaba de pasión.

Capítulo 8

Gabriel le abrió los labios con la lengua, y se adentró en el interior de su boca una y otra vez, hasta que ella sintió que sus rodillas se convirtieron en papilla. Se dejó llevar y sus brazos se enroscaron alrededor de su cuello. Gabriel aumentó la profundidad de su beso, explorándola más. A ella, él le olía tan bien, su sabor con un ligero toque a brandy, le resultaba tan atractivo. Sus manos recorrieron su cintura, haciéndola querer más, y de un momento a otro se vio cargada en sus brazos y llevada hasta la cama, donde él la depositó con mucho cuidado.

Belle dándose cuenta de lo que iba a pasar, tuvo un momento de arrepentimiento y trató de incorporarse, pero Gabriel fue más rápido y se colocó sobre ella poniendo una de sus piernas sobre las suyas. Sin embargo todo lo hizo con delicadeza, mientras la distraía con sus besos y sus manos iban hasta los botones de su camión. Poco a poco fue descubriendo la parte superior de este, hasta que pudo ver sus pechos hinchados. Quedó sin aliento al ver la belleza de sus senos llenos, con pezones rosados, ya duros por la necesidad de ser acariciados. Sin poder evitarlo, Gabriel tomó uno de ellos con la mano y vio como ella aguantaba la respiración. Luego de eso bajó la cabeza para saborearlo, succionándolo fuerte y luego pasando su lengua sobre él en una caricia. Belle suspiró y gimió de placer. Mientras él la distraía con sus caricias, su otra mano se deslizaba por debajo de la parte baja del camión, tocando su delicada piel de sus piernas y subiendo por sus pantorrillas.

—Quiero darte placer, cariño —acarició la sedosa piel — ¿sabes como haré eso?

Ella negó con los ojos muy abiertos, mirándolo expectante.

Gabriel subió un poco más sintiéndose feliz de que ella no llevara calzones en ese momento, y llegó hasta su sexo donde tocó sus carnosos labios íntimos y deslizó un dedo entre sus rizos. La sintió húmeda, lista para

él, y notó cómo sus ojos se abrían alarmados.

—Tranquila...te prometo que te va a gustar —le dijo que aunque estaba a punto de explotar, debía calmarse, pues ella era virgen. Eso se notaba; la inocencia de su mirada, su actitud inexperta descubriendo todo por primera vez, se lo decían. Belle sabía que debía hacer algo, sin embargo fue incapaz de mover un dedo. Estaba hipnotizada por él. Inclino la cabeza para volver a tomar un pecho con su boca y allí estuvo un buen rato mientras sus dedos jugaban al tiempo con su sexo preparándola para él. Sabía que era grande y que podía lastimarla esa primera vez, así que se lo tomó con calma hasta que notó como ella gemía y su cuerpo por instinto, se movía contra su mano. Entonces se separó un poco — ¿Te has preguntado alguna vez cómo sería yacer con un hombre? ¿Sentir su carne penetrándote?

Belle se sonrojó al recordar que sí se lo había preguntado e incluso había tenido conversaciones con su doncella en la india, sobre eso. Ella le había dicho que lo importante era dar con un hombre que supiera despertar la pasión en ella y que lo demás se daría fácilmente. Pero ella no fue capaz de decirle aquello —No. Una dama nunca piensa esas cosas —fue lo que contestó.

—No querida...lo piensa, pero no lo dice que es distinto. —Acarició su mejilla —sin embargo quiero decirte que si tienes curiosidad, ahora es el momento de satisfacerla. En segundos se había quitado botas, camisa y todo lo demás y quedó completamente desnudo mirándola con lujuria, sin una gota de vergüenza.

Belle en cambio desviaba la mirada, pues jamás en su vida había visto a un hombre desnudo —mírame —le dijo con voz ronca. Ella lo hizo muy despacio y notó aquel gran apéndice entre sus piernas. Gabriel tomó una de las manos de ella y la llevó a su miembro —tócalo, siente como es. No te va a morder. *Por lo menos no de la forma que piensas, se dijo internamente.*

Belle lo hizo mientras contenía el aliento ante su tamaño. Notó la piel lisa como terciopelo y al mismo tiempo su dureza, la punta en una forma extraña para ella, aunque él le aseguró que los hombres normales tenían esa forma: el vello rizado y las bolsas debajo del miembro, que al tocarlas se sentían pesadas, eran diferencias sorprendentes entre los hombres y mujeres, sin embargo se sentía normal. Gabriel sonrió y buscó su boca besándola durante por un rato, usando sus labios para excitarla. Luego de eso, se inclinó sobre ella y quito el camisón por completa dejándola tan desnuda como él. Ella se

tapo con sus brazos, y Gabriel la detalló queriendo grabarse cada parte que podía ver —no te escondas de mi. Eres muy hermosa —acarició los senos de ella, pasando las palmas por los pezones erectos, provocando que temblara de placer. Tomó entonces un pezón y luego otro, mordisqueando y después chupando, hasta que ella se arqueó por aquel fuego de su boca que la quemaba y sus dedos se enterraron en el cabello de Gabriel.

—Oh Dios...Gabriel... —ella gimió y sintió su miembro contra su vientre.

—Déjame mostrarte lo mucho que puedes disfrutar en la intimidad —sus dedos volvieron a sumergirse entre sus húmedos muslos. La sintió húmeda y abrió un poco más sus piernas para luego cubrirla con su cuerpo completamente. Belle estaba en otro lugar y no se daba cuenta de lo que iba a pasar hasta que sintió que introducía su miembro y se tensó. Pero Gabriel no se detuvo, por el contrario siguió lo que hacía al tiempo que la besaba y lentamente, la fue penetrando cada vez más profundo. Ella cerró los ojos sintiendo la fuerte presión dentro de ella y notando como su cuerpo cedía ante su dureza.

—No creo que pueda resistir —le dijo empujándolo, pero él se quedó donde estaba

—Solo mírame, cariño —sus ojos la miraban con dulzura —esto solo dolerá un momento, y solo por hoy. Luego solo sentirás placer. —lo prometo.

Belle le creyó y sintió como el daba un último y potente empujón, destrozando la barrera virginal. Ella jadeó y una lágrima se deslizó por su mejilla. Gabriel no se movió, esperando a que se acostumbrara y ya no sintiera dolor. Luego de un momento, ella notó que en efecto el dolor se iba.

—¿Como te sientes? ¿Te duele todavía?

—Ya no

Gabriel la besó de nuevo y comenzó a moverse. Lo hizo lentamente primero, dándole todo el tiempo del mundo y Belle sintió como su interior se calentaba y se iba convirtiendo a medida que él la embestía, en una sensación ardiente que la hacía desear más. Comenzó a imitar sus movimientos y cerró los ojos.

—Dime tu verdadero nombre —le exigió cuando la penetraba una y otra vez.

—Peggy...

Gabriel mordió el lóbulo de su oreja —dímelo.

—Peggy, es mi nombre —dijo entre gemidos.

Gabriel aumentó la intensidad de sus embestidas —dímelo —volvió a exigirle, y esta vez ella no pudo guardárselo.

—Belle...es Belle —casi lo gritó cuando sus poderosos empujes se intensificaron y ella comenzó a ver borroso, sintiendo que un calor extremo, la invadía, llevándose su voluntad y haciéndola casi perder la cordura.

Gabriel la besó tomando sus gemidos y siguió empujando hasta que sintió que su cuerpo se estremecía y se sacudía por la intensidad de las sensaciones. De su garganta salió un rugido intenso y derramó su semilla dentro de ella. Fue mucho después que se conmocionó por el hecho de que no se había podido controlar y no se había salido a tiempo, por lo que podría haber concebido un hijo esa misma noche. En ese momento sintió que Belle temblaba y se colocó de lado para poder abrazarla. Pasado un rato él se levantó para avivar el fuego de la chimenea y que ella no sintiera frío, enseguida volvió a la cama y la abrazó sumiéndose en un tranquilo sueño.

Belle se despertó con la sensación de que era besada en su abdomen.

—Por supuesto que te llamas Belle, no podía ser de otra forma. Eres una mujer muy bella —le dijo Gabriel mientras pequeños besos la marcaban por todas partes.

Belle sacudió la cabeza para negarse, no pensaba bien en ese momento, y vio cuando él dobló las rodillas y se las levantó.

—Estoy muy cansada... —gimió—. Espera, Gabriel.

—¿Estás adolorida?

—No, no es eso.

Él fue bajando su cabeza y llegó a su sexo. Abrió sus piernas y ella levantó inmediatamente la cabeza — ¿Qué haces?

—Solo déjame, lo vas a disfrutar —con lametazos insistió hasta que ella dejó de protestar sus caricias la fueron tranquilizando. Un rato después, él empezó a chupar y mordisquear el clítoris hinchado de Belle, que suspiró y gimió nuevamente. No podía negar que aunque era algo escandaloso, Gabriel sabía como satisfacer a una mujer y esa lengua suya era buena en lo que

hacía. Él sujetó bien sus muslos y se dedicó a chupar y lamer su sexo de una forma enloquecedora. Un momento después ella no era dueña de sí, y el aumentó el ritmo de sus caricias hasta que ella llegó un clímax tan fuerte, que pensó que moriría. Su cuerpo era de gelatina y ella le rogó porque se detuviera, solo entonces él lo hizo, pero únicamente para entrar en su dulce cuerpo con embestidas certeras que la enviaron a otro clímax devastador.

Después de ese día, Belle y Gabriel, no podían quitarse las manos de encima. Hacían el amor, en el estudio, en el jardín cuidando de que nadie los viera, incluso un día salieron a cabalgar y se sentaron debajo de un árbol a descansar, cuando de repente Gabriel le dijo que la deseaba en ese mismo instante y la tomó allí. Belle no se opuso, no era capaz de hacerlo. Él hacía que su sangre hirviera y con sus caricias evitaba que ella pudiera pensar con claridad. Se había vuelto una desvergonzada con él, pero no se arrepentía. Era amante atento, considerado y apasionado. Siempre se mostraba cariñoso y risueño con ella. Belle era consciente de que no tenía un futuro con nadie, y prefería pasar estos momentos tan hermosos con él. Luego cuando ya no estuvieran juntos los recordaría, porque prefería eso, a pasar su vida sin saber lo que era el amor y la pasión.

Sus días consistían en salir a diferentes partes, dentro o fuera del pueblo, mostrándose muy correctos para no levantar chismorreos. Pero en la noche, era otra la historia y daban rienda suelta a todo lo que estaban sintiendo.

Belle se fue enamorando locamente de él, sin siquiera saber en qué momento y se lo hizo saber un día, sin la más mínima vergüenza. Ambos estaban en la habitación de él, después de haber hecho el amor por segunda vez. Yacían allí cansados y sudorosos, abrazados piel con piel.

—Belle, mi amor. No sabes lo feliz que me haces. A veces temo que esto no sea más que un sueño y que todavía estoy en Londres, encerrado en esa habitación llenando mi cuerpo de licor hasta casi morir.

—No mi amor, esto es real. Este amor es lo más real que he tenido en mi vida.

—Tal vez te parezca muy apresurado pero siento que te amo —le dijo Gabriel sorprendiéndola.

—Y yo te amo a ti, Gabriel. Te amo más que a mi vida —recostó su cabeza en el pecho de él —no sé cuánto durará, no sé si algún día ya no me querrás a tu lado, pero quiero que sepas que te amo tanto, que estoy dispuesta

a tomar lo que tú me quieras dar.

Gabriel se sintió conmovido por esas palabras tan desinteresadas —Te prometo que siempre estaré a tu lado. Eres demasiado valiosa para mí — buscó su boca y derramó en aquel beso todo lo que sentía por ella. Cuando se separó de ella, sus ojos se encontraron con los suyos —jamás pensé que alguien despertara en mí, esos sentimientos, ni que yo pudiera despertarlos en alguien, después de lo sucedido con...esa mujer. Gabriel no quería ni pronunciar su nombre, para él, ella era como un mal augurio y no quería dañar ese hermoso momento diciendo el nombre de aquella bruja.

Pero solo unas semanas después sus miedos más profundos se hicieron realidad, cuando Eloise llegó a Primrose Manor con la plena intención de echar por la borda su felicidad.

Capítulo 9

Habían pasado unos días de relativa calma, donde no hacían mucho más que hacer el amor y disfrutarse mutuamente. Gabriel había insistido sin lugar a discusiones en que ella debía vestir no como criada sino como su mujer, y que para eso debía ir a la modista del pueblo, por el momento. Allí muerta de la vergüenza y en su compañía, el mismo escogió las telas y le dijo a la modista que solo quería lo mejor que tuviera, sin importar el precio.

La mujer de vez en cuando la miraba y le sonreía amablemente, pero Belle sabía que debía estar haciéndose toda clase de ideas sobre que era la amante del barón y quien sabe cuántas cosas más. Aunque en este momento no podía criticarle a la mujer si esas eran sus conclusiones, pues en ese instante, eso era en lo que se había convertido; en su amante.

Gabriel veía hipnotizado cada tela, cada vestido que ella se probaba y pensaba que Belle en realidad era una preciosa mujer, y su forma de ser, era lo que hacía más hermosa aún. Ella tenía que ser una dama o la hija de alguien pudiente, tenía ese porte y esa gracia, que solo tenía una joven de noble cuna o una aristócrata. No había querido insistir sobre su historia y le había dado espacio para que fuera ella quien le contara todo. Sin embargo estaba comenzando a inquietarse porque no veía que tuviera mucho ánimo de contarle y él no podía dejar de pensar en lo que había pasado con la mentirosa de Elinor. No quería otra mujer llena de mentiras y secretos. Decidió que si esa misma tarde ella no le decía nada, él le daría un ultimátum.

Alguien tocó la puerta y Belle que estaba sentada junto a él, leyendo lo miró extrañada.

—¿Esperas a alguien?

—No, que yo sepa.

El mayordomo entró en ese momento —Milord, ha venido a buscarlo alguien —dijo el mayordomo con celeridad absoluta en el momento en que entró a la biblioteca.

—¿Quién es, Whitlock? —le preguntó Gabriel absorto completamente en el libro que leía.

—Es la baronesa, milord.

Gabriel enseguida alzó la cabeza — ¿qué hace esa mujer aquí?

—No sabría decirle, milord —el rostro del hombre no mostraba la menor expresión.

—Dile que se largue, no quiero verla.

—Deberías ver que es lo que quiere. No necesitas que se quede — comentó Belle sin querer parecer demasiado entrometida.

—He dicho que no —declaró molesto.

—Como diga, milord —el mayordomo se dio la vuelta y salió de allí pero unos minutos después volvió a entrar.

—¿Y ahora qué? —protestó Gabriel.

—La baronesa dice que si no la atiende, dormirá en la entrada, pero que no se irá de aquí hasta haber hablado con usted.

—Maldita, mujer. Siempre quiere que todo se haga a su manera —se levantó iracundo y salió de la biblioteca en dirección a la entrada. La vio sentada en un bordillo y luego notó que se ponía a llorar. Llegó hasta ella molesto, sus lágrimas no harían que cambiara de opinión se fue diciendo todo el tiempo.

—¡Gabriel! —se levantó de donde estaba y se lanzó hacia él abrazándolo —por favor, perdóname.

Él no sabía qué hacer. Ella jamás en su vida le había pedido perdón por algo y vaya que tuvo ocasiones para hacerlo. Trató de zafarse de su abrazo — ¿Qué haces aquí? Sabes muy bien que no tienes nada que hacer en esta casa después de lo que has hecho.

—Sé que no hice las cosas de la mejor manera, pero por favor, ten piedad de mí. Estoy sola, en la calle y sin un peso.

—¿Y eso es acaso asunto mío? ¿Debería importarme, cuando a ti no te importó dejarme como un idiota cornudo frente a toda la sociedad en Londres?

—Yo estaba ciega, no sabía lo que hacía, Todo es culpa de ese hombre. Él fue quien me sedujo.

Gabriel soltó una risa amarga —Por Dios, eres una mentirosa. ¿Después de haberte visto coquetear descaradamente con cuanto hombre se te pasaba por delante, crees que voy a creerte? ¡Eloise, lo hacías en mis narices!!

—Te juro que estoy arrepentida —su voz sonaba contrita —he visto lo mucho que te hice sufrir y no te lo merecías. Te prometo que voy a cambiar. Sí me deja volver, seré la esposa más fiel, la más cariñosa y devota.

Gabriel la miraba como si estuviera loca —.deja de mentir y marchate — se dio la vuelta para irse y entonces ella se arrodillo y se agarró de sus piernas, rogándole piedad —no me dejes, mi amor. Sabes que te amo, pero nunca fui muy buena en demostrarlo. ¿Es que acaso no recuerdas cuando nos conocimos? ¿No recuerdas cuando me visitabas en casa de mis padres y me cortejabas, lo enamorados que estábamos?

—Creo que la que no recuerdas eres tú, querida. Jamás tuviste un gesto de cariño hacia mí, ni siquiera entonces. Y si en ese momento me hubiera dado cuenta de que como serían las cosas, jamás te habría pedido matrimonio.

Eloise, cansada de tanto rogar se levantó con la cara roja de la ira — ¡Ya es suficiente! ¿Qué diablos tengo que hacer para me dejes entrar a mi casa?

—No tienes que hacer o decir nada. Esta ya no es tu casa, Eloise —le dijo calmado, sin alzar la voz, como lo hacía ella en ese momento.

—Seguro que lo haces por tu amante. Eso es lo que pasa. La tienes aquí, y no quieres dejarme entrar, ¡A mí! que soy tu esposa legítima.

Gabriel se dio la vuelta —no te atrevas a reclamarme, cuando tu eres una desvergonzada.

—Puede que lo sea pero soy tu esposa a los ojos de Dios y de toda la sociedad y merezco respeto.

Gabriel soltó una carcajada ¿tu mereces respeto? ¡Estás loca mujer!!

—¿Quién ese esa zorra?

—Cuidado con lo que dices —le dio una mirada de advertencia.

—¿Por qué? —Le dio una sonrisa siniestra — ¿vas a defenderla? Ya me han dicho que la tienes en tu casa y que la llevas a todo lado sin vergüenza alguna.

—Lávate la boca cuando hables de mi mujer. No tienes moral alguna para hablar de ella cuando eres una desvergonzada.

—Esta es mi casa todavía, aunque te duela admitirlo, y no me iré de aquí.

—Oh si... si te irás —la tomó con fuerza por el brazo y comenzó a sacarla delante del mayordomo y de dos lacayos que estaban ahí viéndolo todo.

—Gabriel, por favor no. —la voz de Belle, lo detuvo.

Eloise la miró con rabia —así que aquí estás —comenzó a reír mirando a

su esposo —debí imaginarme que terminarías con alguien así, Gabriel. Una sucia criada —rió más fuerte.

—¡Cállate! —gritó él.

Luego observó con odio a Belle —eres lista querida, admito eso. Esperaste a que pasáramos por un mal momento para seducirlo y meterte en su cama. Él como el estúpido que es, cayó en tu trampa.

—¡Eso es mentira! —dijo Belle molesta. Usted no supo valorar a su esposo y se fue con otro sin pensar un un poco en él, en lo que lo sumiría en la vergüenza.

—Oh...tan sacrificada. Voy a llorar —le dijo haciendo un mohín — ¿Crees que no averigüé sobre ti? ¿Crees que por que ahora te vistas con seda y telas finas, eso te convierte en alguien de la nobleza o al menos en una aristócrata? Desde mismo instante en que me dijeron que Peggy, una de mis criadas, había llegado con ínfulas de dama a mandar en mi casa, averigüé todo sobre ti.

Belle sintió un frío terrible en todo su cuerpo, tenía una terrible corazonada.

—¿Te ha dicho ella, que es hija de un convicto? Su padre está preso en la cárcel de deudores.

Él la miró desconcertado — ¿Es eso cierto?

Belle asintió temerosa —lo es.

—Me dijiste que tu padre había muerto —sus ojos la miraban con recelo ¿En qué otras cosas, me has mentido?

—En nada más... —ella no sabía qué hacer —es solo que no podía decirlo sin parecer lo que ella dice que soy.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? Sabes lo mucho que aprecio la honestidad.

—Es obvio —respondió Eloise —No quería que su teatro se cayera. Ella debía ser la joven enamorada dispuesta a todo por ti incluso a pasar la vergüenza de ser la amante, para poder obtener el dinero que necesitaba y así sacar a su padre de la cárcel. Luego te exprimiría hasta dejarte sin nada. ¿O no es así, Belle Dwan? —su cara estaba retorcida por el odio y el deseo de venganza. Ella no resistía el hecho de que Gabriel se hubiera enamorado de otra y que esa otra mujer fuera una de las criadas de su casa.

—¿Como supo mi nombre?

—Bueno...tengo mis métodos. Además para ser alguien que se esconde

de todos, no eres muy discreta. Uno de los invitados a mi última reunión, me comentó tiempo después que conocía a una de mis criadas. Podrás imaginarte mi sorpresa, cuando me lo contó sobre ti, y tu especial historia. —sus ojos resplandecían de júbilo viendo como la desenmascaraba. Me dijo incluso que tuviera cuidado, porque si las cosas empezaban a desaparecer, muy seguramente serías tu, ya que te viene de familia, aquello de...tomar lo que no es tuyo.

Belle se armó de valor. —Pues no es así como dice. Las cosas pasaron muy distinto a como esa persona se lo contó seguramente. Mi padre es inocente y yo solo quiero ayudarlo para que demuestre que no es verdad de lo que lo acusan. En cuanto a que tomo lo que no es mío, no tengo necesidad de eso, me criaron con buenos principios y sería incapaz de robarme algo. —Miró a Gabriel —Yo jamás me robé nada, ni la casa de Londres, ni de aquí, y nunca pensé en aprovecharme de ti. Yo te amo, como jamás he amado a nadie.

—¿Entonces por qué no decir la verdad? —su rostro era una máscara de frialdad — ¿eres como ella? —la miró con tal desconfianza que ella se sintió dolida.

—No te lo dije porque me avergonzaba que mi padre estuviera en ese lugar. Y cuando me dijiste de ese contrato para solo acompañarte, estuve de acuerdo porque podría abonar a la deuda de mi padre. Yo no tenía planes contigo sobre nada. Jamás pensé que terminaría enamorándome.

—¿No le iras a creer, verdad? —Eloise lanzó su veneno —ella diría cualquier cosa para que le creyeras porque ahora ve que sus planes se están arruinando.

—Puede que ella no tenga una mente tan calculadora como la tuya — respondió Gabriel harto de que se metiera en lo que no le importaba.

—Haz lo que te dé la gana, pero verás como tengo razón.

—Porque no te largas de una vez.

—¿Y a donde voy a ir? ¿De verdad quieres que duerma afuera de la casa? ¿O que me vaya al pueblo a dormir en la plaza? Eso sí que le gustaría a los chismosos.

Gabriel sopeso las cosas y pensó que era mejor dejarla quedar esa noche allí y ya mañana darle dinero para que se largara a alguna parte. No quería más chismorreos sobre él o su matrimonio arruinado. Dejó que ella se quedara con la condición de que a primera hora de la mañana se largaría y no

vería nuevamente su rostro. Se frotó las sienes y se fue a su habitación sin hablarle a Belle. Ella tendría que esperar a ver que decidía mañana. Por lo pronto no se sentía capaz de pensar en nada más, solo sabía que quería estar solo.

Capítulo 10

Eloise logró su propósito de sembrar desconfianza entre Gabriel y Belle y de paso logró quedarse en la casa esa noche. Sin embargo no se quedó quieta a esperar que Belle pudiera convencer a Gabriel. SE adelantó a ella y se levantó muy temprano, entrando sigilosamente en la habitación de su marido para hablar con él. Y le vino de maravilla porque cuando salía de allí, se encontró con Belle que venía en ese momento, caminando por el hall y la vio salir de la recámara de su esposo.

Eloise se dijo que no podía desaprovechar semejante oportunidad. —Oh querida Belle ¿Podrías avisar para que me envíen agua caliente? Quiero darme un baño. De paso dile a mi doncella que venga —se dio la vuelta sin decir nada más, pero iba sonriendo.

—Yo no soy su criada. Sí quiere que le preparen un baño, vaya usted misma y pídale o vea como hace.

Ella se dio la vuelta indignada por el atrevimiento de aquella zorra. —vaya, vaya, parece que el poco tiempo que has sido la amante de mi esposo, te ha dado agallas. Se acercó más —bien, entonces juguemos sucio, querida. ¿Qué te parece si te doy la oportunidad de que te largues de aquí sin demasiado alboroto?

—El único que puedo decirme que me vaya es el barón. Además ¿Por qué haría eso?

—Porque eres la amante, no la baronesa y por más que desees mi puesto, no lo tendrías, ya que jamás dejaré a Gabriel. Sino vivo más con él, tampoco le daré el divorcio.

—Usted ya hizo meritos suficientes para que ese matrimonio sea anulado. Todo Londres sabe lo que hizo. Eloise muy tranquila la miró triunfante — será la palabra de ellos contra la mía. Créeme, puedo ser muy convincente cuando me lo propongo. Además esta el tema de tu padre... —le sonrió de manera diabólica.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, tengo un buen amigo que puede hacer de la vida del pobre hombre, un infierno.

—No se atreva a hacerle daño a mi padre —le contestó ella temblando de miedo y rabia.

Los ojos de Eloise brillaban de gusto —no lo haré, pero solo si te largas de aquí, ahora.

—No me iré —se acercó amenazadoramente a Eloise —y si le hace algo a mi padre, le diré a la policía.

Eloise se echó a reír — ¿A quién van a creerle? No eres más que una criada con ínfulas de grandeza y de paso hija de un ladrón.

—Mi padre no es ningún ladrón —sus manos estaban cerradas en puños y trataba de contener la ira que le provocaban las palabras de aquella mujer.

—Gabriel no cree mucho en ti, ahora. Sí no te vas, tu padre no durará mucho en aquel lugar.

Él me creará, es solo que no hemos podido aclararlo todavía.

—No veo que él haya buscado la ocasión para hacerlo —su tono era burlón.

—Pues si él no lo hace, lo haré yo. No renunciaré tan fácil al hombre que amo. Yo no soy una maldita serpiente ambiciosa como usted.

Eloise abrió los ojos desmesuradamente — ¿como me has llamado, zorra infeliz? —La agarró por el cabello y Belle hizo lo mismo hasta que ambas se enzarzaron en una pelea a puños y dientes, que se escuchó por toda la casa. Cuando Belle estaba a punto de darle un puñetazo en la cara a Eloise, escuchó la inconfundible voz de Gabriel, que sonaba como un trueno. ¿Cuál es el significado de esto?

—¡Esa mujer, quiso matarme! —dijo Eloise sangrando por un labio.

—Fue ella quien empezó. Me amenazó con hacerle daño a mi padre.

La servidumbre que había escuchado todo el escándalo, se había reunido para ver aquella pelea, como si fuera un espectáculo de circo. Escuchaban a las dos mujeres y hacían caras o asentimientos según lo que cada una decía.

—Yo jamás haría eso, me conoces bien, soy una dama.

Todos asintieron mirando con compasión a la baronesa.

—Gabriel, yo te amo. No sé como mas demostrártelo, pero jamás haría algo para herirte. Esa mujer en cambio, es una egoísta a la que no le han importado tus sentimientos nunca. Ella ha planeado todo esto. —le dijo

desesperada al ver que él siquiera consideraba la posibilidad de que ella lo estuviera engañando.

Todo el mundo miró entonces con recelo a la baronesa, dándole el lado a Belle, con un murmullo de aprobación.

Gabriel observó a todo el personal allí presente empapándose de la situación ¿No tienen nada mejor que hacer? ¡Afuera ahora mismo! —el grito que les dio, sonó por toda la casa.

Los sirvientes salieron despavoridos a hacer sus cosas, pero muy lejos de allí. Nadie quería ser el receptor de la ira del barón. Todavía mirándolos, Gabriel dijo algo que heló la sangre de Belle —Te quiero fuera de mi casa, en menos de una hora, o por Dios que te sacaré de aquí a rastras.

—Por favor —dijo Belle, sintiendo que sus manos temblaban. —no hagas esto, Gabriel.

Eloise sonrió triunfante —te lo dije —miró a Belle como un trapo sucio.

—No hablaba con Belle sino contigo, Eloise.

Ella se quedó de piedra, creyó haber escuchado mal — ¿como dijiste?

—Escuchaste bien, ahora largo de mi casa.

—No me puedes hacer esto.

—Lo estoy haciendo ahora. Te quedan unos cincuenta minutos restantes de la hora que te di, así que más vale que llames a tu doncella —dicho eso caminó hacia Belle y la rodeó con un brazo —tenemos que hablar.

Eloise los miró a ambos con odio y con una promesa de venganza. Sabía que no podía hacer nada por ahora, pero su momento llegaría.

Gabriel llevó a Belle al estudio y allí estuvieron hablando por varias horas. Ella le contó de su padre, de la vida próspera que habían llevado en la India, Italia, España, hasta cuando volvió a Inglaterra.

—Éramos muy felices. Pero en España mi madre comenzó de un momento a otro a sentirse cansada y en poco tiempo no tenía fuerzas para nada. Mi padre hizo venir a todos los médicos posibles y trató con todo tipo de cosas, pero al final resultó que tenía una deficiencia cardiaca y que para eso no había cura. Unos meses después ella murió y mi padre quedó

devastado. Al menos mi hermana y yo nos teníamos para reconfortarnos una a la otra, pero mi padre tomó su dolor solo, y se metió de lleno en su trabajo sin querer saber mucho del resto.

—¿Y ustedes? ¿No trató de acercarse a ustedes más?

—No, desafortunadamente él se alejó de nostras también y casi no lo veíamos. Poco a poco perdió interés en estar en ese país y nos dijo que allí todo le recordaba a nuestra madre. Que quería comenzar de nuevo en otro lugar y que lo mejor sería volver a sus raíces. Así que unos meses después estábamos aquí. Él compró una hermosa casa en el campo y allí al principio las cosas parecían marchar bien, hasta que se encontró con viejo amigo de su infancia —Gabriel notó que ella entrelazaba sus manos apretándoselas tan fuerte, que sus nudillos estaban blancos. —Ese hombre le dijo que tenía un negocio en mente que los haría millonarios. Mi padre no tenía necesidad de eso, pues le iba muy bien, pero me dijo que quería un buen esposo para mí y mi hermana, y que para eso, necesitaba una millonaria dote. No sabes cuánto le insistí que eso no era necesario, pero él terco como era, no cedió en sus propósitos. Al final decidió hacer ese negocio que le saldría muy caro.

—¿Que sucedió? —la alentó a que continuara su relato.

—Ese hombre haciéndose pasar como el más amable y leal amigo, le dijo a mi padre que le firmara unos documentos y lo hizo un día en que nosotras estábamos en el pueblo en una feria. Él se quedó con mi padre en el estudio y empezaron a beber unas copas. Yo me imagino que él se aprovechó de eso y le dio los documentos en ese momento. Mi padre me dijo que él le había pedido que le dejara leerlos pero el hombre se mostró ofendido y le dijo que eran muchos años de conocerse y que aunque no se hubieran visto por un largo tiempo, la amistad sincera seguía allí y no sé cuantas cosas más. El tema es que mi padre medio los leyó y luego firmó. Él ya le había proporcionado una fuerte suma de dinero y yo le dije que hablara con un abogado, pero él no quiso saber del asunto porque confiaba en aquel hombre. Luego de eso todo pasó muy rápido. En pocas semanas llegaron a decirle a mi padre que debía hacerse responsable por unas letras y que estaba bebiendo cantidades exorbitantes de dinero pero él dijo que jamás había comprado esas cosas que decían que debía. Sin embargo, el problema era que allí estaba su firma. Mi padre lo buscó desesperado por cielo y tierra pero nadie sabía donde se había metido, y al final fue él quien tuvo que pagar todo. El dinero fue escaseando, le negaron un préstamo a mi padre porque se había regado por todo lado que

no tenía ni un peso y hasta la casa que era lo único que nos quedaba, tuvo que ser vendida para pagarle a los afectados de aquel negocio.

—Y cuando ya no tuvo más que vender, tuvo que ir a la cárcel de deudores —agregó Gabriel, apesadumbrado, al ver el rostro de Belle tan triste.

—Ese hombre se fue feliz con el dinero de mi padre y lo dejó sumido en la vergüenza. Mi padre es un buen hombre, maravilloso, amable, un poco soñador y despistado y tal vez eso fue lo que al final terminó haciéndolo caer en aquella estafa. Pero jamás le robó un peso a nadie. Su prestigio y su honorabilidad, era lo que más lo enorgullecía —se tapó el rostro con las manos y empezó a temblar. Sus pequeñas sacudidas le dijeron que lloraba y la abrazó.

—Lo siento mucho, mi amor.

—Yo lo siento aun más. No te imaginas lo duro que ha sido buscar trabajo, primero como dama de compañía, luego de doncella y por último hasta de criada con tal de llevar algo de comer a mi padre en esa cárcel y a mi hermana. Al final no pude hacer nada más que enviarla lejos con unos parientes para que la cuiden pero ella no es feliz —le dijo desesperada —yo necesito sacarla de allí.

—¿Cuando llegaste a mi casa, era tu última opción?

Ella asintió —no tenía nada, solo dos chelines y era todo. Estaba desesperada y cuando me pusieron a prueba fue el día más feliz, en mucho tiempo. Dormir bajo un techo seguro, con comida caliente que hace tanto no probaba...tenía semanas comiendo pan duro, o alguna fruta que podía comprar. Y el señor de la posada, se apiadaba de mí, y me daba té o panecillos de vez en cuando.

Gabriel la acercó más a él —mi cielo, como debiste sufrir. —Levantó con un dedo su barbilla —las cosas van a cambiar. No quiero que llores más. Ahora estamos juntos y todo va a salir bien.

Belle no se atrevía siquiera a soñar con esa posibilidad. Para ella las cosas no salían bien de la noche a la mañana.

—Voy a comunicarme con mi abogado, y le diré que empiece con los trámites del divorcio con Eloise. No quiero a esa mujer cerca de mí, un minuto más. Y le diré que averigüe sobre el caso de tu padre.

—Gabriel, es que ella me dijo que mandaría a hacerle algo a mi padre sino me voy y para serte sincera, hasta ayer yo no quería pensar en irme de

aquí, pero después de la amenaza de Eloise contra mi padre, esta mañana...

—Ni lo digas, eso no pasará.

—Tú no te irás de aquí. Déjame encargarme de todo Te juro que tu padre estará bien.

—¿Pero como harás para ayudarlo? —le preguntó no muy convencida.

—Bueno...definitivamente lo primero que haré después de enviar a unos hombres para que se aseguren de que esté bien, será ponerme al frente del asunto, investigando dónde está ese desgraciado que le estafó.

Ella bajó la cabeza, miraba al piso porque tenía tanta vergüenza que no podía mirarlo a la cara. Él no tenía porque hacerse cargo de sus problemas y no quería que pensara que todo era por interés.

—¿Que sucede? —le preguntó al verla así

—No quiero que pienses que soy una desagradecida, pero si haces todo esto, te la pasarás pensando todo el tiempo que soy una interesada y esa duda no te dejará en paz. A riesgo de parecer una persona terrible, preferiría que dejarás las cosas así, y me dejarás tratar de solucionarlo sola.

—Eso no va a suceder —dijo de manera tajante.

—Te he traído demasiados problemas, Gabriel.

Él la haló hacia su cuerpo, rodeándola con sus brazos —Me has traído felicidad, mi amor. No deseo que te vayas de mi lado. ¿Crees que no escuché todo lo que hablaban Eloise y tú, antes de aparecerme para detener su discusión?

—¿Lo hiciste? —le preguntó inquieta.

—Ahora sé que me amas de la misma forma en la que yo te amo a ti. Debo admitir que no creí que fuera posible.

—¿Por qué dices eso? Yo no creo posible que una mujer después de conocerte, no se enamore de ti —acarició su rostro suavemente, mirándolo con amor. —Eres un hombre bueno, inteligente, cariñoso y muy apuesto.

Gabriel miró hacia otro lado —amor mío, después de que todo esto se arregle te llevaré sin demora a un buen especialista, para que te revise la vista.

Belle no pudo evitar echarse a reír —y además eres gracioso —le dio un beso — ¿Qué más puedo pedir?

—Eso mismo digo yo cuando te veo a mi lado.

—Amor mío, quiero que te grabes algo en tu cabeza; tu único pecado ha sido confiar en tu esposa, como lo habría hecho seguramente cualquier

esposo —entrelazó sus manos con la de él y le sonrió —te amo.

Gabriel se emocionó como lo hacía siempre que la escuchaba decírselo. —Yo también te amo, mi ángel. Eso eres, un ángel que llegó a mi vida en el momento preciso.

Belle se burló —no era eso lo que pensabas cuando me conociste.

—Lo sé, lo sé, fui un idiota. Sí hubiera sabido lo que serías para mí, me habría divorciado desde mucho antes de Eloise, y te habría pedido matrimonio de inmediato.

Belle lo miró extrañada ¿te habrías casado conmigo?

Gabriel asintió —puedes tener la plena seguridad. Por eso quiero enmendar el error de no habértelo pedido antes —se arrodillo frente a ella — Belle Dwan, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Qué? —la pregunta la tomó por sorpresa. —Oh Dios, Gabriel. Nada me haría más feliz, pero no quiero que hagas esto porque crees que estoy desamparada, y que no pueda valerme por mi misma...

—No es así, amor. Sencillamente tú me amas y yo te amo. No quiero estar lejos de ti, jamás. —y antes de que ella pudiera decir algo, tomó sus labios demostrándole su amor, besándola hasta que sus piernas se debilitaron. Cuando el beso terminó, ella solo pudo asentir—. Lo haré.

Epílogo

Un año después...

Belle caminaba por el jardín de su casa en Londres, diciéndole al jardinero sobre algunos cambios que deseaba hacer. Estaba tan concentrada que no vio a su esposo llegar por detrás. Gabriel la tomó por la cintura dándole un susto de muerte y luego haciéndola reír.

—Mi amor, has llegado temprano hoy.

—No fueron muchas las diligencias que tenía que hacer.

—Que bueno que fue así, hoy tenemos la cena en casa de los vizcondes Bearthing

—Es cierto, lo había olvidado —dijo con gesto aburrido —preferiría quedarme en casa.

Ella sonrió y lo abrazó —lo sé, cariño pero ya nos comprometimos para asistir. De hecho tengo que hablar con Celeste, antes de irnos.

Su esposo le dio un beso —no demores, te esperaré en la habitación —sus ojos la miraban traviosos.

—Sabes que no podemos, se nos hará tarde.

—Seré rápido —le guiñó un ojo.

—Eres incorregible —Belle se fue riendo a buscar a su hermana. Celeste estaba viviendo con ellos y asistía a una prestigiosa escuela de señoritas. La vida triste que había tenido aquella casa en Manchester con sus tíos, era parte del pasado y ella ahora era una niña feliz. Ellos quedaron devastados cuando Belle fue a recogerla, diciéndole que era como una hija y que les dolía alejarse de ella. Le insinuaron que la dejara, que ellos no tendrían problema en mantenerla como una hija más. Pero ella sabía que las noticias corrían rápidamente, y ellos se habían enterado de que se casaría con el barón, y por eso habían cambiado su forma de ver las cosas. Ahora no eran parientes pobres, sino miembros de la sociedad y de la nobleza, y ellos lo veían como

una gran oportunidad. Aunque Belle no les hizo caso y se llevó a su hermana de allí, prometiéndoles una generosa ayuda por todas sus molestias.

Su padre por otro lado, vivía feliz y tranquilo en una pequeña casa que Gabriel le había comprado y después de haber limpiado su nombre, y de hubieran metido a la cárcel al verdadero ladrón, tenía mucha gente interesada en su opinión científica y sus nuevas expediciones. Ya tenía preparada una exposición con hallazgos impresionantes sobre civilizaciones antiguas. Afortunadamente llegaron a tiempo para evitar que Eloise hiciera algo contra su padre y gracias al cielo, mientras hacían el papeleo de su divorcio, ella puso sus ojos en su próxima víctima, un conde de ochenta años con el que seguramente ella esperaba casarse y enviudar muy pronto.

Gabriel había sido más que generoso con ella y su familia. Cada día se esmeraba por hacerlo feliz y ella se enamoraba más y más de su esposo, al que todo el mundo le decía que lucía rejuvenecido de un tiempo para acá , pues se le veía lleno de vitalidad y alegría.

Los dos habían aprendido a lo largo del camino que debían confiar. Ella jamás confió en nadie para ayudarla porque siempre se sintió sola y le cerraron tanto las puertas, sus supuestos amigos y los de su padre, que ella jamás se imaginó que podía confiar en Gabriel para que la sacara de sus apuros sin verse como una mujer interesada y calculadora. Y por no decirle lo que pasaba realmente, estuvo a punto de perderlo.

Él también tuvo que aprender a confiar una vez más en otra mujer. Les había costado pero al final lo habían logrado. Su corazón rebosaba de amor y esperanza. No veía la hora de tener hijos con Gabriel y mirar lo que el futuro les deparaba. Sabía que no todo sería miel y hojuelas, pero también sabía que lo que vivieran bueno o malo, lo harían juntos.

FIN